
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
LA MALDICIÓN DEL VAMPIRO PLATEADO
CURTIS GARLAND

Allí lo tenía al fin.

Ante él. Tendido, como dormido apaciblemente. Lívido, de un amarillo céreo. Con regueros de sangre seca en las comisuras de sus exangües labios…

—¡Drácula! —Masculló Bannister—. ¡Por fin…!

En ese momento, el ser lívido del ataúd, abrió sus ojos. Unos ojos profundos y terribles, oscuros como la noche. Inyectados en sangre, crueles y malignos. Se fijaron en Bannister. Las manos cruzadas sobre el pecho, céreas y huesudas, parecieron animarse de súbito, muy lenta, muy pausadamente.



Curtis Garland

La maldición del Vampiro Plateado

Bolsilibros: Selección Terror - 113

ePub r1.2
xico_weno 31.08.16

Título original: *La maldición del Vampiro Plateado*
Curtis Garland, 1975

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

«Cuando el Bien disminuye y el Mal aumenta, yo me encarno; en el transcurso de cada edad, yo vengo para salvación de los Santos, para la perdición de los pecadores y para consolidar el Bien».

Krishna, Dios hindú, en su Bhagavad-Gita (corto tratado religioso hindú).

Prólogo

(Londres, enero de 1880).

El profesor Basil Bannister puso fin a la Maldición.

Fue una acción sencilla, aunque cargada de terrible dramatismo. Tenía que ser así, para bien del mundo, y así se hizo. Basil Bannister estaba dispuesto para cumplir su tremenda misión. Lo tenía todo dispuesto, desde el momento mismo en que supo dónde encontrar al enemigo. A su grande y tradicional enemigo de años. Finalmente, lo había hallado en la forma que más convenía a su tarea.

Y no vaciló al actuar.

Había llevado consigo lo preciso. Lo más necesario para acabar con el Mal. Entre sus manos engarfiadas, levemente temblorosas por la emoción del decisivo momento, el profesor Bannister contempló con ojos dilatados aquel objete puntiagudo, macizo y terrible. Esperaba que diera resultado. Tenía que darlo. Otra cosa, significaría el desastre.

—No —musitó, hablando consigo mismo, más para convencerse de su éxito que por cualquier otro motivo—. No puedo fallar. No esta vez, Dios mío…

Lo cierto es que no podía estar plenamente seguro de nada, en tanto no llevara a cabo su arriesgada misión. Los azules y fríos ojos del profesor se clavaron en la única abertura visible de la estancia: la angosta, alta ventana gótica del edificio histórico en que se hallaba.

Las vidrieras de colores dejaban entrar débiles claridades doradas, que se rompían en irisadas tonalidades al atravesar los cristales emplomados, representando una vieja escena medieval, de brujerías, exorcismos y tortura: religiosos, hechiceros y fuego purificador eran sus motivos fundamentales. Casi los de siempre en

tales vidrieras.

No era, sin embargo, su decoración figurativa la que preocupaba al profesor Bannister en su ojeada hacia aquella ventana. Era la luz.

La luz…

Respiró hondo, apretando sus labios con fuerza. Se había demorado en exceso en su viaje a la mansión. Había perdido un tiempo precioso releyendo aquellos viejos documentos, aquellos legajos polvorientos y aquellas amarillas hojas de pergamino con textos góticos. Cierto que fue una tarea necesaria. Más aún: imprescindible. Pero había perdido demasiado tiempo en todo ello.

Ahora, era tarde. Estaba cayendo el atardecer con rapidez. Con demasiada rapidez, para la tranquilidad del profesor Bannister. Podía ser funesto aquello. Tendría que apresurarse. Y la premura no era buena. No en un caso como aquél, ciertamente.

A su espalda, se produjo un chirrido, apenas inició el descenso de la angosta escalinata medieval, pegada al curvo muro de piedra del torreón. Giró la cabeza, con sobresalto, dispuesto a lo que fuera.

Respiró con cierto alivio.

—Ah, ¿sois vosotros? —murmuró—. No debisteis venir. Ninguno de los dos. Pero tú menos que nadie, querida…

—No puedes evitarlo, tío Basil —suspiró la mujer—. Tenemos que estar presentes. Es más, tenemos que ayudarte, si todo se complica. Es nuestro deber.

—Ivy, es un trance muy serio. Tú entiendes…

—Sí. Entiendo muy bien, tío Basil —afirmó ella, con amarga sonrisa. Sus ojos de tono casi violeta, luminosos y profundos, revelaron una intensidad singular, una decisión a toda prueba—. Y Ralph también lo entiende, ¿no es cierto, querido?

—Claro, profesor —asintió el joven que acompañaba a Ivy Bannister en la siniestra expedición al interior de aquel viejo torreón sombrío, en pos del profesor Basil Bannister—. Ambos le hemos ayudado en todo hasta ahora. No podemos dejarle solo en semejante momento. Todo puede ser fácil. Pero si no lo fuera, tenemos la obligación de estar presentes para ayudarle, para cooperar con usted, para luchar como sea contra…, contra los poderes de las Tinieblas.

—Gracias, Ralph, muchacho —respiró con alivio el profesor. Otra ojeada inquieta al alta, estrecha vidriera de colores, le

inquietó. La claridad de la tarde se extinguía por momentos en unas alarmantes penumbras azules—. Vamos, no hay ya tiempo que perder. La noche caerá sobre nosotros en menos de diez o doce minutos. Es todo lo que hay por delante para hacer lo que tenemos que hacer…

Asintieron Ralph e Ivy. Reanudaron la marcha descendiendo con cautela pero sin lentitud los tramos de gastada piedra, con el muro frío y húmedo rozándoles un hombro, y con el vertical abismo cilíndrico al otro, terminando en la sima de altos cortinajes, arcadas de piedra y un suelo de enormes baldosas de gastadas piedras medievales. Hachones apagados o bien hornacinas con mechas de aceite, salpicaban el torreón, indicando cuál había sido siempre su única luz, cuando las sombras de la noche se extendían al otro lado de las multicolores vidrieras.

Siguió el descenso hacia las umbrías zonas bajas del torreón. Afuera, silbaba el viento agudo, extrañamente. Como imitando alaridos agónicos en derredor de las piedras grisáceas de la vieja edificación. El gris difuso del día nublado, se hacía por momentos oscuridad amenazadora allá afuera, tras la vidriera.

Dentro, la luz empezaba a faltar. Ralph susurró roncamente:

—Profesor, cuidado… Creo que oscurecerá antes de lo que usted calculó…

—Sí —admitió nerviosamente Bannister, mientras su sobrina y Ralph oprimíanse mutuamente las manos, alarmados—. Eso estoy viendo, muchachos… Si Dios no nos ayuda, podría suceder que llegáramos tarde.

—Eso sería… espantoso —musitó Ivy, muy pálida.

—Sí —afirmó con gravedad el profesor—." Realmente espantoso, hija mía…

Habían llegado abajo. Los ojos celestes y penetrantes del profesor, se clavaron en un alto cortinaje, negro como las plumas de un cuervo o como las sombras de una noche. Pendía cubriendo una arcada de piedra, acceso a alguna cámara situada al fondo del torreón.

—Es allí —dijo enfático el profesor—. Estoy seguro.

Ralph tragó saliva. Su mano apretó con más fuerza el brazo de Ivy, situándola tras de sí, en instintivo gesto protector. Los ojos del joven tampoco se desviaban del negro paño de aquel cortinaje

enigmático, tras el cual les esperaba algo. Algo que el profesor Bannister había buscado durante años enteros. Algo que podía cambiar la faz del mundo, ahora y en el futuro…

—¿Cree que será suficiente? —preguntó Ralph, señalando el arma que Bannister llevaba en la mano.

—Sí —asintió el profesor. Enarboló, a guisa de jabalina, por un momento, el pesado objeto de madera, rematado en aguda punta afiladísima, capaz de atravesar un cuerpo relativamente fuerte. La estaca medía al menos tres pies (*Aproximadamente, un metro*). O tal vez algo más. Afirmó lentamente Bannister, moviéndose hacia la negra cortina—. Será suficiente, Ralph…, si aún estoy a tiempo.

Los jóvenes miraron arriba. Sobre la vidriera, apenas unos leves ramalazos de claridad diurna, que quebraban en los colores emplomados. De un momento a otro se extinguiría esa luz. Era cosa de segundos.

Bannister tiró enérgicamente de la cortina. Entre una acre polvareda y el desprendimiento de viscosas telarañas, el cortinaje cedió, chirriando sobre las argollas que lo sujetaban a la arcada del acceso.

Allí estaba.

Delante de ellos. Por un momento, se quedaron mudos los tres visitantes, con la mirada fija en el túmulo. Los hachones, en los muros de piedra ahumada, ardían con fuego amarillento y difuso, haciendo bailotear sombras grotescas en los muros. Un murciélago escapó, con un chillido agrio, de una zona de sombras al fondo de la cámara, sobrevoló con negras alas el ataúd situado sobre el soporte de piedra con pañería violeta y negra. Se perdió sobre las cabezas de los alarmados intrusos, camino de las más altas zonas del torreón.

* * *

Arriba, súbitamente, en la vidriera de colores, se extinguió todo rastro de luz del día. Una densa sombra azul oscura, casi negra, como materializándose de la nada, cayó contra la cristalera, aplastándose en ella y tiñéndolo todo de oscuro.

Basil Bannister lanzó una sorda imprecación. Salió de su inicial aturdimiento, y se precipitó con un rugido de desesperación, hacia el túmulo funerario. Miró a su interior, dominando un escalofrío.

Allí lo tenía al fin.

Ante él. Tendido, como dormido apaciblemente. Lívido, de un amarillo céreo. Con regueros de sangre seca en las comisuras de sus exangües labios…

—¡Drácula! —Mascculló Bannister—. ¡Por fin…!

En ese momento, el ser lívido del ataúd, abrió sus ojos. Unos ojos profundos y terribles, oscuros como la noche. Inyectados en sangre, crueles y malignos. Se fijaron en Bannister. Las manos cruzadas sobre el pecho, céreas y huesudas, parecieron animarse de súbito, muy lenta, muy pausadamente…

Drácula había despertado de su sueño diurno. Vivía de nuevo, en la noche de sangre…

Parecía que, una vez más, Basil Bannister había llegado tarde.

* * *

No fue así.

Basil Bannister descargó el golpe de su estaca afilada, justo en el momento en que los párpados de Drácula se abrieron. Justo cuando miró al profesor. Justo cuando se movieron despacio sus yertas manos heladas.

Lo que siguió fue terrible. Ivy cerró sus ojos, emitiendo un agudo grito de horror, y Ralph la sujetó con fuerza.

Un bramido atroz, inhumano, brotó del féretro situado en medio de la estancia de cortinajes sombríos y húmedas piedras ennegrecidas por el humo de los hachones.

Parecía imposible. Pero aquel cuerpo yerto, lívido, de helada piel color de la cera, se agitó en una horrenda convulsión cuando la estaca se clavó con fuerza increíble en su pecho, sobre la levita negra y la camisa impoluta, desgarrando su torso, astillando costillas y hendiendo su corazón brutalmente.

Un chorro virulento de sangre, un surtidor escarlata, alucinante y copioso, salpicó las piedras, el tapizado púrpura del ataúd, e incluso las manos, brazos y ropas del profesor Bannister.

Éste, con ojos dilatados, con una convulsa expresión en su rostro muy pálido, siguió apretando sin piedad, siempre introduciendo la estaca en el pecho del hombre que reposaba en el ataúd, y cuyos ojos, ahora desorbitados, se clavaban malignamente en él, mientras por sus labios sin color corría la sangre, escapando de aquel cuerpo

aparentemente muerto, sin sangre en las venas, pero que, no obstante, rezumaba vitalidad en aquella hemorragia póstuma y en sus espasmos tremendos, forcejeando por arrancar de su pecho aquel madero punzante y destructor.

Por último, con un estertor prolongado, mientras las llamas débiles de los hachones se agitaban, a punto de extinguirse, la expresión de angustia se petrificó en aquel rostro, repentinamente ceniciento, rígido, como momificado. El cuerpo, bajo las elegantes ropas oscuras, se puso sorprendentemente flaco, huesudo, como esquelético. Y una rara paz se extendió sobre el rostro grisáceo del difunto, cuyas manos cayeron, rugosas, con largas uñas, a ambos lados del que fuera alguna vez esbelto, altísimo cuerpo.

—Ya está… —susurró Bannister agotado por el tremendo esfuerzo—. Ya está… Lo he logrado. ¡Lo he logrado! El…, el No-Muerto…, el Señor de las Tinieblas… ha dejado de existir definitivamente… He conseguido… destruir a Drácula…

Y, extenuado, se dejó caer en un escabel cercano, con la vista fija en el féretro donde ahora yacía un cadáver con aspecto momificado, en un charco de sangre negruzca.

De las manos cansadas del profesor, la sangre del vampiro goteaba a las losas de piedra, de aquel tétrico torreón situado en el viejo recinto señorial inglés donde, finalmente, un hombre habíase enfrentado al Príncipe de las Tinieblas.

Y, lo que era más importante, le había vencido.

Era el fin de Drácula. Posiblemente el auténtico fin para el diabólico ser que no podía morir. Que, a partir de ahora, tal y como los viejos documentos transilvanos anunciaban, había hallado el eterno reposo, con aquel madero hincado en su pecho, destruyendo su corazón y su vida, de una vez por todas.

Ahora, Drácula no era sino un cuerpo tendido dentro de su ataúd de siempre. Pero la diferencia estribaba en que la noche, que había caído ya rápidamente en el exterior, sobre el neblinoso Londres, ya no le vería despertar nunca más con sus sombras, dispuesto a seguir la orgía de sangre de los No-Muertos.

Drácula, trasladado desde Centroeuropa a las Islas Británicas por medios que nadie sabía a ciencia cierta, y que más tarde darían tema a escritores como un pelirrojo e imaginativo irlandés llamado Abraham Stoker, para escribir una obra con su nombre, había

llegado a Londres para crear su monstruosa legión de No-Muertos, de vampiros ávidos de sangre, víctimas a su vez de sus propios colmillos voraces.

Pero ahora, gracias a la oscura y callada labor de un inteligente científico, de un historiador minucioso, de un enemigo de las fuerzas del Mal entregado tesoneramente a su labor al margen de prejuicios religiosos o políticos, todo eso había terminado en el propio Londres, tan callada y oscuramente como empezara.

Drácula había dejado de existir, incluso más allá de la misma muerte.

Un hombre, el profesor Basil Bannister, fue su verdugo final. Dos jóvenes horrorizados, Ralph Carter e Ivy Bannister, sobrina ella del profesor, fueron los testigos del terrorífico sacrificio.

La estaca tradicional había cumplido su misión, en manos del hombre destinado para tal acción. Superstición, profecía y ciencia, se unieron, acaso por única vez, para exterminar a un azote sombrío de la Humanidad.

Drácula ya no existía. Ni como hombre, ni como vampiro. El noble transilvano era sólo un cuerpo ceniciento, que ninguna noche del futuro volvería a despertar, para ir en busca de sangre humana que nutriese su existencia de muerto-sin-descanso.

Era como el fin de una maldición.

Pero… ¿quizá no podía ser aquel sangriento sacrificio, en las sombrías piedras del viejo torreón londinense, el principio de otra maldición aún peor?

Mientras Ivy sollozaba en brazos de Ralph Carter, su joven prometido, y el profesor Basil Bannister contemplaba con una rara mezcla de orgullo y de horror su obra suprema, ninguno de los tres personajes unidos por el Destino en la tétrica cripta de humeantes hachones amarillentos, podía imaginar que, justamente entonces, con un horror aniquilado, se escribía el espantoso prólogo de otro mil veces más terrible, que amenazaría lejanas tierras y lejanos seres, en un cálido, ardiente y seco lugar, muy alejado en latitud y en mentalidad de las nieblas invernales de la húmeda Inglaterra victoriana…

La maldición de Drácula, el Príncipe de las Tinieblas, iba a ser, no andando mucho tiempo, la Maldición del Vampiro Plateado…

PRIMERA PARTE

TRAVESÍA DEL «KING GEORGE III».

(Febrero y marzo de 1881).

CAPÍTULO PRIMERO

Se llamaba así: Rey Jorge III.

Era un navío privado, un barco de propiedad particular, no destinado a carga ni pasaje. Naturalmente, iba dedicado en su nombre al monarca de más largo reinado, hasta entonces, en la historia de Inglaterra. Más tarde, la propia reina Victoria, entonces reinante, superaría con creces esa marca histórica.

Pero, por el momento, en el año de gracia de 1881, no cabía duda alguna al respecto: Jorge III era el más longevo rey del país, y a su recuerdo, relativamente próximo, dedicó el muy rico caballero *sir* Josuah Silverstein el nombre de su embarcación.

Era ésta una nave ágil, ligera y esbelta, de amplio velamen y cuidado aspecto. Su tripulación, aunque escasa, era excelente, escogida entre los mejores marineros profesionales de los puertos londinenses que era como decir los mejores de Inglaterra, sobre todo si escaseaba el trabajo en alta mar, y los buenos marinos buscaban trabajo en barcos de cierta honestidad y prestigio.

Sir Josuah Silverstein, decidió hacerse a la mar en los inicios de aquel mes de febrero de 1881, pero diversos problemas administrativos y burocráticos, así como determinados boletines que señalaban condiciones desfavorables para la navegación, le hicieron desistir de su idea e ir prolongando su salida de puerto justamente hasta mediados del mes de febrero, en que por fin se hizo a la mar el King George III.

Era un viaje más. Rutinario… sólo para *sir* Josuah, por supuesto, ya que para nadie era ninguna rutina, por entonces, emprender una travesía hasta Bombay. Para llegar al lejano puerto de la India colonial, hacía falta primero salir de las Islas, rodear España, penetrar en el Mediterráneo, haciendo escalas casi forzosas en sitios como Malta, Chipre y Port Said, ya en el Mar Rojo, para seguir por

éste hasta Aden, y terminar la larga ruta en las costas hindúes.

Para los barcos de carga, las fragatas de Su Majestad o los veleros de pasaje sin demasiadas prisas, aquél podía ser un viaje de reglamento, pero no para un barco privado como el de *sir* Josuah.

No obstante, éste tenía poderosas razones para dirigirse de vez en cuando a la India, dejando sus negocios en Londres y, lo que a veces era más importante, sus obligaciones como noble, cerca del Gobierno, el Parlamento y el propio Palacio de Buckingham, para ir a tan remotos confines, bajo la bandera de las Colonias de Su Majestad británica.

Aquel motivo lejano era… su ahijada Maggie.

Maggie Rawlins, hija del coronel Rawlins, un viejo amigo entrañable, y prometida del aguerrido, joven y brillante oficial de los Fusileros de Su Majestad en Hayderabad, capitán Shelby Fox, de los Kyber Rifles.

Sí. Ése era el motivo del viaje de *sir* Josuah Silverstein. Y nada hubiera tenido de particular ello… si a bordo de aquel navío no hubieran viajado dos invitados conocidos de *sir* Josuah y uno… totalmente desconocido para él.

Los dos invitados que hacían aquella travesía en el barco del honorable Silverstein eran los recién casados Ralph e Ivy Carter.

El tercer invitado… nadie sabía que iba a bordo.

Nadie, excepto una sola persona: quien lo introdujo en el barco. Y aun esa persona jamás pudo sospechar que con ello desencadenaba, no tardando mucho, el más tremendo horror imaginable…

Ello había sucedido, en realidad, por culpa del propio *sir* Josuah Silverstein. Pero ni él ni su fiel servidor imaginaron jamás que aquella conversación, en el camarote del King George III, pudiera revestir semejante importancia en el futuro, tanto para ellos como para otras personas que jamás tuvieron relación con su barco ni con sus destinos…

* * *

—*Sir* Josuah… ¿Debo entender que sigue empeñado en esa apuesta con el coronel Rawlins?

—Más que nunca, mi querido Tom —suspiró *sir* Josuah Silverstein, retrepándose apaciblemente en su asiento de mimbre,

con la rodaja de limón flotando en el ambarino líquido que su tetera había derramado en la taza de delicada porcelana china, decorada a mano—. Más que nunca… El coronel me ha enviado un curioso telegrama. ¿Quieres conocer su texto?

—Si no le molesta a usted, *sir* Josuah… —dudó el contramaestre Tom Perkins, indeciso, mirando a su patrón mientras el gorro de punto daba vueltas en sus manos rudas y callosas, de recio hombre de mar.

—No, en absoluto, mi buen amigo —rió fuertemente el noble propietario del barco velero anclado en el estuario del Támesis. Desplegó el papel, leyendo con lentitud—. «Adquiridas estatuas de Siva, Vishnú, Kali y Krishna, así como surahi de plata esmaltada de valor incalculable. Todo plata. Creo ganará apuesta inevitablemente. Tengo perspectiva dos nuevas compras para colección plata. Saludos: coronel Rawlins».

Respiró hondo *sir* Josuah Silverstein, bajando el documento, que dejó caer con indolencia sobre la mesa lacada. Puso su monóculo en el ojo izquierdo, y estudió pensativamente a su contramaestre, como si éste tuviera en sus toscas manos la clave para ganar la partida al viejo y conocido militar inglés, destinado actualmente en las Colonias.

Tom Perkins resopló. Meneó luego su maciza, pelirroja cabeza. Puso énfasis en la voz al comentar entre dientes:

—Lo siento, señor, pero todo eso…, ¿todo eso significa que el coronel ha comprado imágenes de plata en la India?

—Exacto. Diosas y divinidades hindúes. Y una especie de ánfora o recipiente, que es cómo podríamos traducir en inglés la palabra india surahi —suspiró cansadamente *sir* Josuah—. ¿Lo vas entendiendo, mi querido amigo? Eso significa cientos de libras, acaso miles, empleados en auténticos tesoros… todos ellos en plata… La apuesta estriba en eso, maldita sea. Si al volver este año a la India, mi colección a bordo del King George III no supera la del coronel…, perderé la apuesta. Ese regreso, como máximo, ha de ser en abril de 1881. Por tanto, hemos de levar anclas en breve. Y mi Museo de Plata posee tan pocas piezas, para competir con lo que el coronel anuncia ahí…, que estoy preocupado.

—Entiendo, señor. La apuesta debe ser cuantiosa, ¿no es cierto? —dudó Tom Perkins.

—Oh, no es sólo eso… Sí, es cuantiosa —aceptó, displicente, *sir* Josuah—. Exactamente… diez mil libras en efectivo.

—¡Diez mil libras! —se desorbitaron los ojos del contramaestre ante semejante cifra, pero ello no hizo sino reír de buena gana a su patrón, que sacudió la canosa y arrogante cabeza.

—Mi querido Tom, no es ningún tesoro. Pagar diez mil libras siempre es un serio motivo de disgusto. Pero lo irritante sería perder. ¿Entiendes eso? Perder. No deseo ser perdedor. No tolero que gane su apuesta ese endiablado coronel de grandes bigotes, voz tonante y rostro apoplético, que se burlará de mí durante el resto de nuestras vidas, alardeando de su victoria. Necesito, deseo algo que supere con creces su colección. Tom, eres un hombre fiel y conoces mis costumbres. Sabes que la plata ha sido siempre un metal que me obstinó, que llegó a obsesionarme. Acaso sea consecuencia de mi propio apellido, no sé… (*Silver: plata, en inglés. De ahí que el personaje, Silverstein, deduzca que la raíz de su nombre pueda tener influencia en sus gustos por ese metal*). La verdad es que he tenido en todo momento el mejor museo de piezas raras de plata existentes en el mundo. Y, de repente, surge ese maldito viejo militar, cargado de dinero hasta la raíz de sus cabellos, caprichoso y lleno de orgullo como yo mismo. Bebemos demasiado, apostamos tontamente, y él…, él me gana la partida, maldito sea. Hay mucha plata en la India. Obtiene lo mejor al precio que sea. Y no hay modo de luchar contra él. Cuando comparemos, sé que me vencerá en toda línea. ¿Qué diablos puedo buscar yo que supere su poder de adquisición y su endiablado afán de humillarme? No es cuestión de dinero, Tom. Es…, es cosa de prestigio. ¡Debo vencer! Necesito vencer… y no sé cómo.

—*Sir* Josuah, yo no sé si podré ayudarle… Lo que oí sobre esa pieza de plata puede ser simple fantasía de la gente… o un intento de fraude o estafa. No entiendo lo bastante sobre ello… Si usted viniera conmigo, tal vez…

—Tom, si yo voy contigo y lo que afirmas es cierto…, me costaría cien veces más adquirirlo —susurró roncamente *sir* Josuah, con ojos centelleantes—. ¿Cuánto te dijeron que puede valer ese… ese objeto de plata tan especial?

—Bueno, dijeron que…, que era cosa de…, de unas ciento cincuenta libras. Me pareció mucho, la verdad. Y eso que son dos

pillos, dos ladrones de lo peor, incluso con fama de profanar tumbas en los cementerios y…

—¡Basta! —cortó *sir* Josuah, tajante—. No quiero más detalles, Tom. No quiero saber nada, por si el asunto está al margen de la ley. Si tú te haces cargo personalmente de esa transacción, será distinto. Yo no intervendré en ello en modo alguno… oficialmente, se entiende. A cambio de ello, tú pagarás ese dinero. Y percibirás por mi parte veinte libras por tu trabajo.

—Veinte libras… Señor, por esa suma Hare lo que sea preciso…

—No es mucho. Lleva contigo a un tasador de joyas, a un platero o un joyero de escasa honestidad, pero en quien tú puedas confiar. Pagaré lo que le abones a él de comisión. Que examine ese…, ese objeto, ¿entiendes? Si su informe es correcto, compra. Paga y haz trasladar la pieza a bordo. Eso será todo. Confío en que sepas hacerlo todo sin mi ayuda. Nunca, bajo pretexto alguno, des mi nombre. Será cosa tuya solamente. Si, por desgracia, algo ilegal hubiera en ello y la ley cayese sobre ti… yo negaría que trabajases ya a mis órdenes. Firmarás ahora mismo un documento en que admites que te he despedido y pagado un salario extra por ello. Si nada sucede, ese documento será destruido en su momento. ¿Convenido, Tom?

La duda de Perkins fue breve. Finalmente, el contramaestre afirmó:

—Convenido, señor…

* * *

El joyero miró aprensivamente a los individuos reunidos en aquel lóbrego lugar. Olía allí a humedad, a abandono y a frío. Era lo adecuado, con semejantes personas y en semejante sitio.

Las paredes eran desnudos muros grises, desconchados. Las luces, débiles lámparas de petróleo y mortecinos reflejos de gas, allá en la niebla callejera, filtrándose a través de las angostas ventanas enrejadas.

Luego, se inclinó sobre la pieza que reposaba en una mesa alargada. Una serie de luces cayeron sobre ella, arrancándole destellos blancos. Una voz ronca, siseó en la penumbra, más allá de las luces:

—¿Y bien, amigo? ¿Es plata o no?

El joyero no respondió. Rascó la superficie áspera, mohosa y sucia. Apareció un surco blanquecino, brillante. Pero el experto no se fió. Hasta el plomo podía brillar así cuando se rascaba. Optó por hacer un examen con cierto ácido que goteó de un pequeño frasco marrón que llevaba en su chaleco.

La prueba química resultó. Estudió la mancha sobre el metal. Afirmó despacio:

—Sí —dijo—. Es plata. Plata excelente. Maciza y de calidad superior a la legal.

—Bueno… —rió uno de los tipos de negra levita y dientes amarillentos, mirando irónico a Tom Perkins—. ¿Y ahora qué? ¿Estamos de acuerdo en esto? ¿Es una pieza valiosa o no?

—Digamos que vale lo que piden por ella —resopló Perkins—. Ni un penique más, amigos.

—Nadie ha pedido más, aunque podríamos buscar otros compradores —rezongó el segundo de los comerciantes—. Dijimos… ciento cincuenta.

—Eso es —asintió Tom Perkins—. Ciento cincuenta. Es todo cuanto poseo.

—Vamos, vamos, a otro perro con ese hueso. Tú no tienes aspecto de disponer de una sola libra —rió el que hablara primero, golpeando la sólida plata del objeto alargado que yacía en la mesa —. ¿No hay un tipo elegante y rico detrás de ti?

—Eso es cuenta mía. ¿Ciento cincuenta… o nada? —replicó Perkins, tajante.

El joyero esperaba, medroso, estudiando a los tres hombres que discutían la transacción. Finalmente, respiró con alivio al ver que los dos tipos de negras capas, con aires de funerarios, o lo que era peor, de ladrones de tumbas, asentían malhumorados.

—Conforme. Ciento cincuenta. Te llevas una pieza rara. Quizá, incluso, haya dentro algo que valga la pena… Pesa mucho, ¿no lo sabes?

—¿Y qué? —Se encogió de hombros Perkins—. Lo que vale en ese objeto es la plata, ¿no? Imagino que si lo que hay dentro valiera algo… ya lo habríais saqueado vosotros a conciencia.

Cobraron el dinero. Se miraron entre sí, huidizos, encaminándose a la salida. Uno de ellos comentó de pronto con acritud, mientras se repartían el dinero con ademanes torvos:

—Te equivocas, amigo… Te equivocas por completo… ¿Sabes una cosa, para tu buen gobierno, una vez tengas ese objeto en tu poder? No intentes abrirlo. Bajo ningún pretexto lo intentes, porque… fracasarás.

—¿Qué decís? —refunfuñó Perkins de mala gana, mirándoles huraño.

—Que no intentes abrir ese féretro de plata, hermano —rió el bribón, con rostro lívido, iluminado crudamente por una de las llamas de petróleo—. No se abre. No hay modo humano de que ceda… Y, además…, además, cada vez que lo intentamos mi compadre Hare y yo…, bueno, creímos notar que algo se movía dentro… y emitía una especie de horribles y apagados sollozos… No, amigo, no parece buena cosa intentar abrir ese féretro de plata…

* * *

Un féretro de plata.

Ésa era la pieza. Pieza única, que podía inclinar la balanza a favor de *sir* Josuah Silverstein.

Una pieza hermética, aparentemente sólida y sin resquicios, pese a la rendija de su cierre. Una especie de sarcófago de plata, que, a la usanza de los antiguos envoltorios funerarios egipcios, formaban la silueta de un ser humano, sin estructura concreta, salvo el perfil y las piernas, tronco, brazos y cabeza. Pero sin facciones, como los viejos sarcófagos de otros tiempos. Sólo una especie de funda plateada para un cuerpo ignorado. Sin cierres visibles, sin pestillos ni cerraduras, sin aldabas ni nada saliente. Una especie de horrible e informe masa platinada, oscura y deslucida, que insinuaba una forma humana tendida en su interior…

Los ladrones de tumbas habían servido una rara mercancía a Tom Perkins, contramaestre del King George III. Ellos cobraron su precio y se perdieron en la noche, acaso en busca de nuevas mercancías siniestras, obtenidas de depredaciones funerarias… El asustado joyero cobró su comisión y, posiblemente, no volvería a acceder a pretensiones parecidas de cliente alguno.

Y Tom Perkins regresó a bordo, orgulloso y triunfante, con su mercancía plateada, bien envuelta en trapos y lonas, atados fuertemente. Pasó a la bodega. *Sir* Josuah, que tan ávido se

mostraba por la nueva pieza cuando aún no era suya, aceptó su triunfo con el escepticismo habitual en un coleccionista que ya ha alcanzado lo inalcanzable.

—Perfecto, Tom —dijo a su contramaestre, palmeándole afablemente—. Eres un gran tipo. Te recompensaré mejor por esto más adelante. Cuando gane la partida al coronel Rawlins…

Eso fue todo cuanto dedicó a Tom. Tenía invitados a bordo, una fiesta brillante, en la que para nada habló de su nueva adquisición, por supuesto. Por ese motivo, ni Ralph Carter ni su joven y flamante esposa Ivy, de soltera Ivy Bannister, supieron de ello. Ni, al emprender el viaje hacia Bombay, los jóvenes esposos, invitados y pasajeros de honor en el King George III, tuvieron la menor idea de la espantosa mercancía fúnebre que llevaban consigo a bordo de aquel gracioso y ágil velero que surcaba el Atlántico, frente a las costas portuguesas, camino del Mediterráneo…

CAPÍTULO II

—Es una espléndida colección, coronel.

—¿Espléndida? Es algo más que eso, capitán Fox —suspiró el coronel James Rawlins, del Ejército Imperial de Su Majestad, acariciándose los blancos bigotes marciales, en el rostro ancho, colorado de mejillas y curtido de tez por el sol de las Colonias—. Es la más completa y singular serie de piezas de plata que se pueden reunir en un museo privado. Aparte su valor intrínseco, poseen el de su rareza y exotismo. Estoy seguro de que esto va a significar un gran triunfo para mí.

—¿Triunfo? —El alto, esbelto y arrogante capitán Shelby Rox, de los Kyber Rifles de Hayderabad, enarcó las cejas oscuras, en su rostro broncíneo, de acentuadas facciones. Sacudió la cabeza, de pronto, con un destello divertido en los oscuros ojos inteligentes—. Comprendo, señor. Se refiere a la apuesta…

—Sí… —asintió el coronel Rawlins—. La apuesta con mi viejo amigo *sir* Josuah Silverstein, el hombre apasionado por la plata, que lleva a bordo de su barco uno de los más variados y ricos museos privados en ese metal. Hace poco tiempo, me hubiera vencido sin la menor discusión. Ahora, veo difícil que sus piezas superen en valor y rareza las que he podido yo adquirir aquí, en la India.

—Ciertamente, son de una belleza y atractivos sorprendentes —ponderó el joven oficial paseando ante las vitrinas que el coronel Rawlins mantenía instaladas en su confortable y lujosa casa de Bombay, costeada por sí mismo y por su fortuna personal, naturalmente, y no por el fondo monetario del Tesoro británico, en su calidad de coronel del Ejército colonial en la India—. Jarrones, ánforas, monedas, figurillas, divinidades… y esa máscara…

—La máscara… —rió entre dientes, complacido, el fornido militar de blancos cabellos—. Ah, la máscara, sí… Me gusta que se

haya fijado en ella, capitán. Es la última adquisición. Algo que ni el propio *sir* Josuah conoce aún, puesto que me ha sido vendida por un mendigo, posiblemente un ladrón, que asegura haberla hallado entre los restos de una embarcación procedente de Madrás, y estrellada en el litoral de Bombay. Pagué por ella cincuenta rupias, y el muy bellaco desapareció de mi vista con el dinero. He hecho indagaciones posteriores, un poco preocupado por si procede de un pillaje, pero nadie ha sabido darme razón, y ni siquiera el gobernador militar de Bombay, lord Culverston, o el jefe de la policía colonial, *sir* Percival Walker, han podido darme detalles sobre esa rara pieza. De modo que legalmente, la máscara es mía, mientras no surja alguna persona o entidad, posiblemente hindú que reclame su propiedad alegando suficientes pruebas para ello.

—Parece la representación de alguna divinidad demoníaca… pero ignoro cuál puede ser —observó el joven capitán Fox, estudiando las facciones de plata de aquel fantástico rostro cincelado en el precioso metal, y que ocupaba una sola de las vitrinas del salón, la de más reciente instalación, no lejos de una figurilla de la diosa Kali (*Deidad hindú del Mal y de la destrucción. Cruel representación vengativa de las fuerzas maléficas, en la religión hindú*).

—Yo tampoco lo sé, y ni siquiera Diwar Kahl, nuestro lancero, ha podido sacarme de dudas al verla, aunque eso sí, ha retrocedido con un gesto de inquietud en su rostro diciéndome que no le gusta en absoluto…

—En eso le doy toda la razón a mi buen amigo, el cabo de lanceros Diwar Kahl —rió entre dientes el joven oficial—. No tiene nada de tranquilizadora ni agradable…

El rostro inmutable, en plata, parecía contemplarle con sus vacíos ojos sin pupilas. No era sino una ancha y grotesca máscara de facciones deformadas por un exagerado rictus de crueldad, propio del arte oriental. Una mueca sardónica y cruel crispaba sus labios grandes y anchos, entre los qué asomaban dos incisivos de plata, centelleantes y fríos como dos agudos puñales. La nariz era halconada y rígida, y las cejas pobladas, muy arqueadas bajo el cráneo rapado, de abombada frente, simbolizaba un gesto de malignidad, de perversión casi latente.

La plata, oscurecida y sucia por el paso del tiempo y el

abandono, al aparecer manchada de negruzcas salpicaduras mohosas, daba la impresión de tener manchas de sangre seca sobre su epidermis rígida, de frío metal. Las luces mismas de la sala, y la proximidad de la sombra de Kali sobre el muro, proyectada por la figurilla, al herirla la claridad de una de las lámparas del salón, le daban un inquietante aspecto a la faz, en un torvo juego de sombras que, a veces, parecía animarla extrañamente, dando una maligna luz a las vacías órbitas de los ojos inexistentes.

—Bien… —suspiró al fin Shelby Fox, apartando sus ojos de la siniestra máscara de plata—. Confío en que ello le haga ganar su apuesta, coronel, pero sigue sin gustarme esa pieza… y no sé por qué.

—Lo comprendo, capitán —rió de buena gana Rawlins, tomando por el hombro a su joven invitado de aquellos días—. El clima de Hayderabad, su latente peligro, la presencia de rebeldes nacionalistas y de feroces estranguladores de la diosa Kali, enfrentándose a los ingleses que aquí estamos, ha logrado producirle un estado de inquietud constante. Después de todo, esa clase de objetos siempre nos hacen recordar el extraño y hostil país en que nos hallamos, y los peligros que en él nos acechan, por el fanatismo de sus gentes. Venga conmigo, capitán. Estoy seguro de que la presencia de Maggie, y un paseo a la luz de la luna, antes de la cena y del baile de esta noche, le devolverán la calma perdida…

—Seguramente, señor —sonrió de buen grado el joven oficial—. Para mí, ha sido una alegría muy especial conseguir ese permiso de dos semanas en Bombay… Permiso al que estoy seguro que no han sido ajenas sus influencias, coronel.

—Bueno, digamos que la situación en Hayderabad, actualmente, permite ciertas excepciones con nuestros más brillantes oficiales —rió con aire de complicidad el viejo militar, atusándose sus bigotes. Los azules ojos pequeños brillaron maliciosos—. Y en ese caso, ¿por qué no autorizar la petición razonable del prometido de mi hija Maggie, si yo mismo recomiendo tal favor al general Hawkins? Sus méritos en campaña, capitán Fox, bien merecen por otro lado un pequeño premio…

—Le quedo muy reconocido, señor —saludó rígidamente el joven—. Estos días en Bombay, van a resultarme tan cortos, tan breves y maravillosos…

—Ése es mi ferviente deseo, muchacho —le puso una mano fuerte y afectuosa en el hombro. El tono atezado de la piel del coronel contrastó vivamente con el color hueso del uniforme de campaña del capitán de lanceros de Hayderabad. Añadió, caminando con él hacia otras dependencias de la mansión—: Confiemos en que Maggie esté ya a punto, o se nos echará encima la hora de la cena, y los invitados comenzarán a llegar, capitán…

* * *

El profesor Basil Bannister clavó sus ojos atónitos en el hombre que tenía frente a él.

—Termine de una vez, Howard —rogó—. ¿Qué es lo que pretende decirme?

—Se trata… se trata de las viejas ruinas, señor… —musitó su visitante con voz ahogada y expresión de inquietud.

—Sí, sí, eso creí entenderle antes. ¿Qué pasa con las viejas ruinas? Hice acotar esas tierras, y prohibir el paso a cualquier persona que se aproximase a ellas.

Se indicó que un viejo cementerio de leprosos se hallaba allí para que los curiosos procuraran alejarse lo más posible del lugar. ¿Qué ocurre ahora, Howard?

—Profesor, ha sido extraño y terrible… —resopló el hombretón, sacudiendo la cabeza—. Me… me avisaron de que habían sido vistos dos intrusos, merodeando por los alrededores de aquel lugar… Por desgracia, cuando acudí era tarde. Y los intrusos habían entrado ya en la propiedad, pese a las advertencias prohibitivas.

—Siga —los ojos de Bannister revelaron repentina inquietud, sin saber exactamente la razón para ello—. ¿Qué más ha sucedido?

—Bueno… parece ser que llegaron a las ruinas del edificio incendiado… Justamente al patio rectangular…

—El patio rectangular… —Palideció Basil Bannister de súbito—. Termine de una vez, Howard, por el amor de Dios. ¿Eso ha sido todo… o hay algo más?

—Temo que haya algo más… Ellos, los dos intrusos, profanaron la cripta escondida bajo las losas del patio…

—¡Santo cielo! —Ahora, el rostro de Bannister era una máscara de yeso, cubierta por la humedad del sudor—. No es posible… Nadie sabía que esa cripta se hallara ahí… Cuando adquirí esa

propiedad y la hice acotar con cercas de alambre, la cripta era su mayor secreto… No puede haber sido profanada…

—Al parecer, señor, eran expertos en esas cosas. Dos ladrones de cementerios, sin duda. Profanadores de tumbas, ¿comprende?

—Profanadores de tumbas… —La angustia asomó a la voz del profesor—. Dios sea loado, no quiero pensar siquiera… Howard, siga. ¿Qué es lo que ha ocurrido realmente?

—Bueno, pues… pues los dos profanadores llegaron al interior del patio, como digo. Su rara habilidad para husmear esos horrores, les permitió dar con la cripta. Llegaron a ella, abriendo el paso secreto.

—Dios mío… —La voz de Basil Bannister era un murmullo roto.

—… Y se llevaron un féretro de allí, dejando vacío el recinto.

—¡No! —rugió Bannister, convulso. Bañado en sudor, clavó sus ojos aturdidos, dilatados, en el sorprendido gesto de su informante —. No, Howard, por Dios, no puede haber sucedido…

—Señor, eso ha sido, justamente, lo ocurrido. Ellos… ellos escaparon con algo envuelto en trapos, en un carruaje de caballos. Tenemos el testimonio de un cochero vecino y también de un leñador que volvía a casa y que se persignó, asustado, al ver la forma en poder de los dos siniestros individuos… Asegura que tenía toda la forma de un cuerpo rígido. Algo así como un sarcófago…

—Un sarcófago… —Tembló el profesor—. El sarcófago de plata, Howard…

—¿Decía, señor? —quiso saber su empleado.

—No, no, nada… —Sepultó el rostro entre ambas manos—. Dios mío… Todo mi esfuerzo, un caudal de dinero para enterrar para siempre ese horrible secreto… y dos malditos ladrones de tumbas se llevan consigo ese féretro… ¡Howard, hay que dar con ellos, sea como sea! ¡Estén donde estén, necesito a esos hombres… o en su defecto, a la persona que haya pensado en adquirir de semejantes rufianes ese féretro de plata! ¡Publica un anuncio en el Times! ¡Pagaré mil guineas por la recuperación del sarcófago o por la captura de sus ladrones! ¡Vamos, publica eso pronto!

—Sí…, sí, señor —afirmó roncamente Howard, impresionado por el terror que asomaba al gesto y a la voz de su patrón, habitualmente tan frío y sereno—. Inmediatamente… pero dudo mucho que pueda dar resultado, pese a que mil guineas es toda una

fortuna…

* * *

Dio un resultado relativo solamente.

El féretro de plata, de momento, no apareció por parte alguna. Pero Scotland Yard, acaso espoleado por la recompensa ofrecida, o quizá a través de un informante a quien tentó el dinero del profesor Bannister, arrestó a los dos ladrones de tumbas, justamente dos semanas más tarde.

Se trataba de dos rufianes de la peor calaña, vendedores de cadáveres a los médicos y cirujanos, a investigadores y diseccionadores de cuerpos humanos. Otras veces, ese mismo cadáver del que hacían siniestra mercancía, tras, ser extraído de sus tumbas, habían sido ya previamente despojados de sus objetos de valor, joyas o dentaduras de oro, en brutales y sacrílegas profanaciones que, en ocasiones, llevaban a hechos monstruosos.

Los dos monstruos, cuyas ropas y piel descolorida despedían ya por sí solas un hedor a muerte, se llamaban Burke y Hare (*Personajes tristemente célebres en la historia de la delincuencia inglesa. Burke y Hare fueron ladrones de tumbas en la época victoriana, y se les condenó a la horca, siendo ejecutados en Londres en medio de gran expectación*). Su proceso prometía ser sonado pero breve, y la sentencia final no la dudaba nadie, dada la naturaleza horrenda de sus delitos: la horca para ambos.

Scotland Yard permitió, excepcionalmente, que un hombre notable en Londres, como el profesor Basil Bannister, visitara a los dos canallas en su celda, días antes del procesamiento de los profanadores de tumbas.

Tanto Burke como su compinche Hare, se opusieron en principio a suministrar toda clase de información. Eran dos tipos rudos, brutales, hoscos y nada inteligentes, de rostro innoble y facciones crueles, capaces de cualquier cosa por dinero. Aún dentro de su celda de Newgate, a la espera del desenlace previsible para semejante especie de individuos, Bannister estuvo seguro de que sus cuerpos despedían el vaho fétido y viscoso de las tumbas y de los difuntos…

—No sabemos nada —fue su cantinela cínica, en principio.

Luego cedieron en parte, pidiendo garantías para su proceso, a

cambio de información. Bannister, honestamente, negó toda posible ayuda. No podía ni quería cooperar a que la justicia dejase de cumplirse en semejante escoria humana. No les prometió nada. Sólo dijo que, por su parte, retiraría todo cargo contra ellos y, caso de ser llamado a declarar, alegaría que tanto uno como otro intentaron colaborar desinteresadamente con él en que la humanidad no sufriera un desastre inmediato alguna vez.

—¿La humanidad? —Gorgoriteó la voz bronca de Burke mirando con siniestro aire de burla a su visitante—. Vamos, vamos, profesor, no puede ser tan importante un simple ataúd de plata…

—Lo es —dijo gravemente Bannister—. Encierra algo realmente horrible. Es… es como una caja de pandora. Mientras no se abra, nada ocurrirá. Pero si alguien alza su tapa…

—Mi compañero y yo lo intentamos repetidamente, profesor —rezongó Hare fríamente—. Y se nos resistió. No había quien abriera aquello. Y creo que tampoco el marino lo lograría…

—¿Marino? —Se irguió, con un respingo—. ¿Han dicho… marino…?

—Sí. Un marino lo adquirió. No dijo que lo fuese, pero bastaba ver sus ropas, olfatear su cuerpo. Despedía un hedor a brea, a salitre y todo eso… Además, ató el féretro con nudos marinos cuando se lo llevó… Diablo, era un tipo forzudo. Pues ni él ni nosotros logramos nada con la maldita caja de muertos…

—Sólo porque no han hallado los resortes ocultos… y Dios quiera que nunca los hallen. Pero no podemos vivir pendientes de ese simple hecho casual, que puede producirse en cualquier momento. Vamos, díganme algo más, si es que lo saben, sobre ese posible marinero al que vendieron el féretro… ¿Cobraron mucho por él?

Se miraron los dos ladrones de tumbas. Al parecer, ya tanto les daba decir la verdad en ese punto. Fue Hare quien lo hizo abruptamente:

—Ciento cincuenta libras, profesor. Las pagó sin rechistar. E incluso pagó a un tasador, que estuvo presente, y cuyo nombre maldito si lo sé.

—Es mucho dinero para un simple marino. ¿Seguro que no era un oficial?

—Seguro que no. Era muy rudo y con cara de contramaestre,

como mucho.

—Contramaestre… Quizá actuó como mediador de alguien…

—Eso pensé yo —afirmó Burke secamente—. Bueno, ya le dijimos cuanto sabemos, profesor.

—Un momento aún; ¿no podrían recordar su nombre, algo de ese individuo? ¿Dónde servía, por ejemplo?

—No. Él, nada dijo. Pero parecía interesado en adquirir el féretro por ser de plata, simplemente. Eh, recuerdo algo… ¿Te acuerdas tú, Hare? El tipo llevaba unas iniciales bordadas en su gorra… Sí, una T y una P. Seguro, Es todo lo que puedo recordar: una T. y una P Ahora, profesor, díganos, cuando menos: ¿qué diablos contenía ese ataúd?

¿Alguna peste?

—Sí —afirmó fríamente Bannister, irguiéndose pálido como cualquiera de los cadáveres que sus interrogados estaban habituados a robar de las sepulturas—. La peor peste imaginable: una peste escarlata que podría llegar a dominarnos a todos… Pero si les dijera en qué consiste… no me iban a creer. Es algo, sin embargo, que va más allá de la vida y de la muerte. Y, te verdad, imaginar a gentes como ustedes volviendo a vivir… de cierto modo… no me permite dormir tranquilo. De todos modos, gracias. Intentaré declarar favorablemente para ambos. Es cuanto puedo hacer.

Salió de Newgate ensombrecido. Su declaración ante el juez de poco sirvió a los profanadores de sepulcros. Burke y Hare terminaron sus siniestros días en la soga, siendo precisos todos los esfuerzos policiales para impedir que la propia multitud linchara a los rufianes.

Basil Bannister, entre tanto, se ocupó en buscar a un marinero que respondiera a las iniciales T. P. por todos los muelles de Londres, y que posiblemente fuera contramaestre de algún navío. A través de compañeros, oficinas navieras y pesquisas apremiantes, esperaba conseguir algo.

Y lo consiguió finalmente.

Pero cuando supo que el hombre en cuestión se llamaba Thomas Perkins, y era contramaestre del buque privado King George III, propiedad de *sir* Josuah Silverstein, caprichoso coleccionista de piezas de plata, la empresa naviera que le diera los informes le

confirmó, al mismo tiempo, que por entonces debía de estar llegando el barco de *sir* Josuah a puerto.

Y ese puerto era, nada menos, el muy remoto de Bombay, en la India.

Puerto al que llegaba, nada menos, que con un sarcófago de plata a bordo, de mecanismo oculto para ser abierto.

Y dentro de ese féretro… el horror.

CAPÍTULO III

Tom Perkins se frotó el mentón, irritado.

—Por todos los diablos, tengo que conseguirlo —se dijo entre dientes, estudiando toda la longitud de aquel cuerpo casi a tamaño natural, modelado en plata oscurecida, con figura humana, como los sarcófagos egipcios—. He de abrir esto, cueste lo que cueste… y saber qué clase de cuerpo humano conserva dentro. Mientras no sea eso posible, *sir* Josuah no desea exhibir en su museo del puente esta pieza…

Estaban llegando a Bombay. La travesía tocaría a su fin en sólo veinticuatro horas, y *sir* Josuah deseaba poder mostrar a su adversario, el coronel Rawlins, la pieza única que traía de Inglaterra, acaso la más rica y original de su colección. Pero sentía cierta aprensión a situar en su museo el féretro, con lo que contuviera dentro.

Cerca del sarcófago de plata, esperaba un ataúd de plomo, para recibir los posibles restos humanos, ser precintados y entregados posteriormente a las autoridades inglesas, ya fuese en la India o en Inglaterra. Solamente estando vacío, el ataúd de plata formaría parte de su colección visible.

Tom Perkins era el encargado de llevar a cabo tal misión.

Y estaba dispuesto a hacerlo ahora mismo. Esta noche, justo antes de que un nuevo día les permitiera avistar el litoral occidental de la India, para echar el ancla y lanzar amarras en el puerto de Bombay, al atardecer de ese inmediato día, último del largo viaje de dos meses a través de los mares de medio mundo.

El fornido contramaestre se inclinó sobre la forma de plata. La luz de un quinqué, sobre unas cajas de la bodega del King George III, prestaba una iluminación vacilante y amarillenta a la escena.

Las manos férreas del marino empezaron a palpar los bordes de

la caja fúnebre, en busca de la rendija de la misma. Era el primer intento, en pos de lo que él imaginaba escondido resorte de la pieza funeraria. En cuanto diera con él, abrir el féretro no llevaría problema alguno, estaba seguro. Y daría una alegría, evidentemente, a su patrón.

Allá arriba, sobre su cabeza, sonaba la música suavemente. Casi sintió los pasos de danza en el comedor del capitán, y sonrió Perkins, continuando su tarea.

El joven matrimonio, invitados a aquel largo viaje de luna de miel por la amistad de *sir* Josuah con Ralph Carter, el novio, bailaban ahora en la cámara superior, mientras dos marineros tocaban con sus guitarras música del lejano país natal, su amada Inglaterra. La bella joven, Ivy Bannister, danzaba con su esposo o bien con el veterano propietario y capitán *sir* Josuah.

Éste, sin familia ni hijos, parecía feliz con sus jóvenes invitados. Como lo sería en la India, pese a cuanto refunfuñaba y se peleaba con su viejo y entrañable camarada, el coronel James Rawlins, y su bella hija Maggie, la ahijada de *sir* Josuah cuando nació y fue bautizada, allá en su Londres natal, antes de emprender marcha a las Colinas por razones puramente militares.

Quizás por todo ello, *sir* Josuah era tan aficionado a coleccionar objetos, a cruzar apuestas y a todo lo que un solterón empedernido y sin familia busca como aliciente y estímulo de una vida regalada, con demasiado dinero y con tan escasas personas íntimas a quienes estimar de corazón.

Tom Perkins apreciaba con toda sinceridad a su capitán. Y por él iba a pasarse la noche entera, si era preciso, hasta abrir el ataúd de plata.

Desgraciadamente, ésa fue la idea de Tom Perkins en aquella noche, antes de que avistaran las costas hindúes.

Los dedos vibraron. Creía saber cuándo había alcanzado algo positivo.

Y éste era uno de esos momentos. Había encontrado el resorte secreto. Ahora estaba seguro de que abrir el féretro de plata no iba a ser ya ningún problema. Es más; era algo que estaba prácticamente hecho. A partir de este momento, ya todo consistía simplemente en dar unas determinadas presiones en unos determinados puntos, y todo estaría hecho… La caja preciosa

destinada a la Muerte, estaría abierta. Y lo que hubiera dentro, fuese lo que fuese… estaría ante sus ojos, de modo definitivo.

Tom Perkins se frotó el mentón, pensativo. Luego, se limpió el sudor a manotazos. Había calor en la bodega del King George III. Y humedad. Bastante humedad. Además, llevaba varios minutos de esfuerzo. Casi una hora, calculó.

Arriba, seguían bailando. Sonaba música suave, a la guitarra. Baladas irlandesas y danzas escocesas. Sonrió, algo forzado. Debían de estar divirtiéndose el capitán *sir* Josuah y sus jóvenes invitados en aquella especie de crucero de luna de miel hasta la India. Y él, entretanto, luchando por rescatar la última y mejor pieza de la colección para aquel museo de la plata, a bordo del esbelto velero.

—Espero que el patrón sepa darse cuenta del esfuerzo que hago —murmuró para sí, buscando en su bolsillo el frasco de *whisky*, y tomando de él un largo trago. Luego, tras ese refuerzo a sus cansadas energías, hinchó su torso, se inclinó sobre el ataúd, y sus dedos vigorosos maniobraron en la angosta rendija que ajustaba el cierre de la tapa plateada.

De repente sucedió.

Un chasquido. Un repentino chasquido interior. Y supo que el sarcófago estaba abierto. Total, definitivamente abierto. Sólo faltaba alzar la tapa. Y ver… aquello. Ver lo que contenía el recipiente funerario.

Tom Perkins dejó de contener la respiración. Aspiró el aire. Olía a humedad, a salitre, a alquitrán. Y a petróleo, y a humo. Pero no ha corrompido. El muerto no despedía olor, si es que había algún muerto dentro del féretro.

Decidió salir de dudas, de una vez por todas. Alzó la tapa, bruscamente. Casi con violencia, dispuesto a encararse con lo que fuese.

Dilató sus ojos. Contuvo el aliento. Algo, presionado hasta entonces por la propia presión de la pesada tapa labrada, se irguió, oscilante. Era algo cilíndrico, color caoba. Salpicado de manchas rojo oscuras.

Una estaca de madera sobre alguien tendido en el fondo de raso escarlata oscuro. Un cadáver, después de todo. Yerto, rígido, color ceniciento, rugoso e informe casi bajo las ropas negras que le venían fláccidas.

—Momificado —murmuró entre dientes—. Eso debe ser: han embalsamado el cuerpo. Por ello no despide mal olor. Está… está hecho una momia reseca, casi pura ceniza, a poco que se le toque… Pero es horrible. Esa estaca clavada en el pecho, atravesando su corazón…

Era hombre de pocos estudios, brusco de carácter, rudo de actitud, noblote de ideas y poco dado a complicarse la vida. Para él, un muerto era un muerto.

Y algo así, le irritaba y molestaba sobremanera. No le gustaba ver a un cadáver ensartado como una mariposa de coleccionista. Ni siquiera *sir* Josuah haría eso con un insecto, aun teniendo espíritu de coleccionista de cualquier cosa, Tom Perkins estaba seguro de eso.

De modo que resolvió quitar al desdichado difunto aquel objeto terrible clavado en su cuerpo. Y, resueltamente, se inclinó. Sus rudas manos aferraron la estaca con energía. Tiraron de ella.

La primera vez captó un desgarro de ropas. Y quizá de tejidos resecos en el cadáver, de piel curtida por la momificación, como si fuese cuero de un odre carcomido.

Luego, la segunda vez, logró quedarse con la estaca en sus manos, Un negro boquete horrible aparecía en el pecho del muerto. Un agujero atroz, desgarrando su levita negra, su blanca camisa rizada, de seda cara, aristocrática casi. Y su carne. Su carne grisácea, reseca, hasta el fondo de sus tejidos yertos y desecados por la momificación del cuerpo.

Primero iría a contar a *sir* Josuah lo que hallara abajo. Luego guardarían el cadáver en la caja de plomo y desinfectarían el féretro de plata, para unirlo a las demás piezas del museo de a bordo…

Se alejó por la bodega, entre el crujido chirriante de las maderas del suelo bajo sus pies, y el chirrido monocorde del casco, mecido por el oleaje. La luz del quinqué proyectó una enorme sombra humana en el curvado muro de la bodega: la propia silueta de Tom Perkins, el contramaestre.

A sus espaldas, en el ataúd de plata, el rostro ceniciento se tornaba por momentos amarillento, los ojos vacíos mostraban una claridad rojiza como un destello abrasador, fulgurante de sangre…

Y por los labios, repentinamente rojos y brillantes, escaparon gotas escarlata y centellearon unos afilados incisivos… Bajo las

ropas negras, un cuerpo humano vibró, pareciendo recuperar vitalidad y fuerza. Las manos cenicientas eran ahora garras color cera, de afiladas uñas…

Aquella figura siniestra, como materializada desde el mundo mismo de las sombras, se irguió despacio, fija su mirada en la fornida figura del contramaestre, en su espalda ancha, en su cuello… Sobre todo en su cuello saludable, fuerte, de hinchadas venas…

Los ojos se abrieron más. En su ataúd de plata Drácula volvía a la existencia de su terrible condición. A su garganta, volvía la eterna sed de sangre de los No-Muertos.

El vampiro resurgía de su tumba de plata.

* * *

—Es una deliciosa velada, *sir* Josuah.

—Me alegra que les guste, amigos mío —sonrió afablemente el noble propietario del barco—. En realidad casi nunca llevo pasaje en mi embarcación. Sólo familiares, amistades, gente que me resulta grata por algún motivo. Ustedes pertenecen a esa clase de personas, créanme. Puedo decirles que este viaje ha sido tan placentero como agradable y hasta se me hizo corto. Supongo, Ralph, que este viaje de novios dejará alguna huella en su vida…

—No se imagina bien hasta qué punto, *sir* Josuah —sonrió Ralph Carter jovialmente, rodeando con su brazo a Ivy, cansados ambos tras la danza escocesa en que habían bailado, junto a su anfitrión, durante varios minutos—. Ni Ivy ni yo lo olvidaremos fácilmente, puede creerme. Cuando regresemos a Inglaterra y evoquemos este viaje a la India, seguro que desearemos hacer otro.

Y alguna vez, para celebrar algún aniversario, lo haremos, aunque nunca resulte tan agradable como a bordo de su barco.

—Eso será muy halagador para mí —suspiró *sir* Josuah—. Si para entonces vivo y sigo siendo dueño del King George III, estarán ustedes nuevamente invitados, mis amigos. Si no… confío en que sepa de algún modo que volvieron a ser felices…, pero recordando el primer viaje de Londres a Bombay.

Rieron todos, brindando jovialmente con champaña. Los dos marinos que interpretaban a la guitarra las tradicionales canciones inglesas, estaban tocando ahora más suaves melodías, como un

fondo melancólico de la escena de alta mar.

El comedor del capitán, con sus numerosas luces de petróleo, resplandecían de claridad dorada. Sobre la mesa, las bebidas y los alimentos se servían generosamente esa noche, ya con el destino final del barco virtualmente ante ellos. *Sir* Josuah sabía ser en esas ocasiones un buen anfitrión. Y más, cuando tras días de calma chicha, temporales y vientos contrarios, alternando con brisas favorables que hinchaban las velas en los días de aires en popa, triunfalmente, alcanzaba su meta definitiva, soñado puerto de todo buen marino.

—Creo que nunca le agradeceremos lo bastante esta deferencia, *sir* Josuah —habló Carter, recuperando ya el aliento, mientras saboreaba el espumeante líquido de su copa—. Su amistad con mi padre me honra, y le guardaré siempre esta deferencia para conmigo. Ivy, en cambio, es una muchacha a quien usted apenas si conocía, hija del profesor con quien he colaborado estos últimos años en la investigación biológica y científica de determinadas supersticiones y hechos considerados sobrenaturales hasta hoy, Por ella, especialmente, me siento profundamente reconocido a usted y a su gentileza.

—Vamos, vamos, Ralph, muchacho —le interrumpió jovialmente el aristócrata—. Su padre fue un excelente e inolvidable amigo. Le debo mucho para no considerar esta invitación mía a ustedes dos como un simple detalle de amistad y simpatía. Eso es todo. Por cierto, mi joven amigo, acaba usted de hablarme de algo muy interesante…

—¿Yo? —Ralph enarcó las cejas—. No entiendo, señor…

—Mencionó a ese profesor con quien usted ha trabajado, su actual suegro…

—¿Basil Bannister? —Carter asintió, sonriente, oprimiendo contra sí a la joven. Ivy—. Sí, *sir* Josuah. Un hombre fascinante. Culto, inteligente, resuelto… Ha sido una tarea inolvidable la mía, estando a su servicio. Aprendí más en esos dos años que en todos los transcurridos bajo el emblema del *alma mater* universitario.

—Le creo. La… la superstición es algo singular. Un fenómeno eterno, diría yo —suspiró *sir* Josuah, risueño—. Yo, personalmente, nunca creí en esas cosas. No acepto lo irreal ni lo que no tiene explicación natural y lógica. Supongo que su profesor pensará igual

que yo.

—Pues… sí. Cuando menos, pensó igual que usted durante un tiempo —inquieta, la mirada de Ralph se cruzó con la de su joven esposa—. Luego… luego las cosas cambiaron.

—¿Cambiaron? —Los ojos curiosos y escépticos de *sir* Josuah le miraron, pensativos—. ¿En qué sentido, Ralph?

—En el peor imaginable… —Respiró hondo Carter—. Descubrimos… que había algo más. Algo que no tenía explicación racional. Algo que no era humano. Ni pertenecía a nuestro mundo…

—Bah, tonterías. No me dirá que un espíritu científico pudo admitir la existencia de algo no natural…

—No. No la admitió. Ni yo tampoco. Hasta que… que lo vimos.

—Vieron… ¿qué? —El interés de *sir* Josuah no era profundo, sino epidérmico, trivial incluso. Pero se sentía evidentemente intrigado.

—La verdad. Una horrible verdad… —Cerró los ojos Ralph, al evocar algo tremendo en sus recuerdos. Junto a él, súbitamente, Ivy había palidecido con cierta intensidad, y aferraba sus manos con energía.

Silverstein no fue ajeno a esas reacciones. Realmente sorprendido, miró a ambos y trató de inquirir la causa de todo aquel nerviosismo:

—Por favor, empiezan a preocuparme de verdad, muchachos… ¿Es que ambos vieron algo fuera de lo normal, algo que pudiera calificarse de… de sobrenatural?

—Más que eso, *sir* Josuah. Vivimos una atroz experiencia cuando… cuando el profesor se enfrentó a alguien, a algo llamado Drácula, de lo que todo el mundo habla en Europa, en los países eslavos, y que es desconocido en Inglaterra…

—¿Drácula? ¿Qué es eso? Suena extraño… ¿Acaso algún fantasma o aparición?

—Mucho peor que eso: un No-Muerto. Un ser sin descanso eterno. Murió y ha sobrevivido, por artes satánicas, a la propia muerte física —recitó roncamente Ivy Carter ahora—. Pero necesita algo para nutrirse, para seguir existiendo, siempre de noche, cuando el sol no alumbra. Entonces sale de su tumba… y succiona el único alimento posible para su espantosa vida más allá de la muerte…

¿Entiende, *sir* Josuah? Es… es un vampiro.

—¡Un vampiro! —El noble soltó una ronca carcajada irónica—. Vamos, vamos, señora Carter… Eso resulta ridículo. He oído hablar de leyendas absurdas… Seres difuntos que se convertían en murciélagos y se nutrían de sangre humana… No tiene sentido hablar de ello, claro está.

—Todos nosotros pensábamos igual… hasta que vimos a aquel ser en su féretro, reposando a la espera de la noche… Y a punto estuvo de incorporarse y caer sobre nosotros cuando las sombras nocturnas se anticiparon a los cálculos del profesor… Pero él logró clavar una estaca en su pecho, conforme señala la tradición eslava. Como los vurdalaks rusos, Drácula, Príncipe de la Oscuridad, dejó de existir en ese momento. Y, siguiendo una vieja leyenda tradicional de Transilvania, tierra desde la que el vampiro se desplazó, aún no sabemos cómo hasta Inglaterra, aunque imaginamos que a bordo de la bodega de algún navío de carga, o cosa parecida… el profesor hizo traer para él un objeto especial, adquirido en una vieja platería eslava.

—¿Platería? —Se intrigó ahora *sir* Josuah, realmente fascinado por el tema que su coleccionismo había elegido como meta de todos los esfuerzos—. ¿Qué tiene que ver la plata en todo esto?

—No lo sé, la verdad. Ni el propio profesor está seguro de ello. No tiene lógica. Pero tampoco la tienen otras cosas. De modo que seguimos las instrucciones de viejos documentos centroeuropeos. Allí se hablaba de balas de plata para los licántropos. Y de ataúdes de plata para los vampiros. El profesor halló un raro ejemplar en Transilvania. Lo adquirió a un platero, confiando en vencer los poderes de Drácula.

—Un ataúd de plata… —repitió con voz quebrada *sir* Josuah—. Siga, siga, por favor…

—¿Qué le pasa? —Sonrió Carter—. Parece interesado ahora…

—Lo estoy. Siga, se lo ruego…

—Bien, hay poco más que contar. El profesor siguió pistas y pistas de Drácula. Muchas eran falsas, pero una resultó verdadera… y hallamos al No-Muerto. Nosotros estuvimos presentes en el terrible sacrificio: Ivy y yo…

—Por favor, Ralph, no me lo recuerdes —suplicó ella, cerrando sus ojos, convulsa.

—Basil Bannister clavó la estaca a Drácula cuando el difunto emergía de su féretro. Y allí terminó con él. Aunque era un cadáver, flotó en un baño de sangre… La sangre escapaba de su herida, de su boca, como si llenara todo su cuerpo amarillento… Luego, se tornó grisácea, como una pavesa. Era un ser momificado, con siglos encima… Y ahí terminó todo. El cuerpo, con la estaca clavada, pasó al féretro de plata traído de Transilvania, y acaso tan viejo o poco menos que la leyenda misma del Conde Drácula, que se dice fue descendiente de un feroz emperador centroeuropeo… Ese ataúd poseía unos resortes especiales que lo encajaban herméticamente, para que nadie intentara abrir las puertas del Mal otra vez. Porque está escrito en los viejos documentos: si alguien arrancase la estaca del cadáver, éste volvería a ser el vampiro Drácula, ávido de sangre, muerto viviente durante las noches…

—Dios mío, Carter… —Ahora era *sir* Josuah quien, inesperadamente, estaba poniéndose pálido y parecía presa de una rara emoción nerviosa—. Ese…, ese ataúd… no tendrá la forma de un cuerpo humano… ni habrá sido… robado por unos profanadores de tumbas… en Londres…

—¿Qué es lo que dice, *sir* Josuah? —alarmado, Ralph miró al noble dueño del King George III—. Así es el féretro de plata, ciertamente. No sé si alguien pudo robarlo, pero el profesor lo sepultó en una oculta cripta, dentro de las ruinas de una propiedad que fuera del falso noble europeo que Drácula fingía ser en Inglaterra… Quemó las tierras, tras adquirirlas él mismo, las cercó de alambradas, y tapió los accesos a la cripta… No creo que nadie haya sido capaz de…

—Parece que alguien lo hizo, mi joven amigo… y ahora, ese ataúd de plata… está a bordo de este barco, desde que salimos de Inglaterra.

—¿Qué? —Ralph y su joven esposa se miraron con profundo horror—. *Sir* Josuah, eso no es posible…

—Lo es, amigos míos. Y me pregunto si…

En ese momento, de alguna parte del barco, llegó un terrible grito de angustia y horror sin límites. Un grito que erizó los cabedlos de las tres personas reunidas en el camarote del capitán…

CAPÍTULO IV

El capitán Shelby Fox besó los carnosos labios de Maggie. Se miraron, en la cálida sombra azul del porche de la residencia. Allá, en el límpido cielo oriental, las estrellas eran luminarias blancas y cristalinas, como diamantes dispersos en un enorme terciopelo azulado.

Alrededor de ellos, todo era paz y silencio. La noche silenciosa y apacible, parecía incapaz de ocultar nada amenazador contra nadie. Sin embargo, y pese a la efusión amorosa del momento, Shelby estaba seguro de que la calma de la India siempre era engañosa, falaz y poco cierta. En cualquier momento, el grito de guerra de los rebeldes, de los nacionalistas exacerbados, que no querían la presencia británica en su tierra, podía estallar con clamores ávidos de sangre.

Y guerrilleros y fanáticos, soldados y santones, militares y patriotas, guerreros y sectarios, se unirían en la lucha feroz, sin cuartel, mutilando y asesinando, arrasando y quemando en nombre de su santa idea de libertad para su pueblo.

—Shelby…

—¿Sí, querida? —La miró él, centelleantes sus oscuros ojos en la sombra.

—¿Te preocupa algo? A veces me pareces tan distante, tan lejos de mí, pese a sentirte cerca en estos breves días…

—¿Distante? No, cariño. Sabes que estoy junto a ti, ahora más que nunca…

—Quisiera pensarlo así. Y, no sé por qué, me pareces preocupado, abstraído en algo que no logro entender…

—No, no estoy abstraído, pero a veces pienso…

—¿Qué piensas, querido?

—En esto que nos rodea: la India, su gente… Me pregunto

cuánto va a tardar en estallar el volcán que tenemos bajo los pies, Maggie. Y me asusto yo mismo de lo que puede suceder.

—En Bombay no sucede nunca nada, Shelby. Tú estás habituado a Hayderabad, a las luchas en las montañas… a guerrillas y a estranguladores fanáticos. Eso no sucede aquí.

—Tal vez —contempló las luces de la ciudad portuaria, asomada al Mar de Arabia, y sacudió la cabeza, perpleja—. Pero presiento que el peligro también acecha aquí. Y no precisamente por mí me preocupo, Maggie…, sino por ti.

—Shelby, creo que exageras. Papá dice que nada puede sucedemos a nosotros.

—Tu padre confía demasiado en el poderío y en el respeto de nuestra bandera colonial. Yo he visto cosas peores y no tengo tanta fe en nada. Además…

—Además…, ¿qué, Shelby?

—Bueno, pocos días antes de venir con este permiso a Bombay… coincidí con la captura de unos estranguladores de la diosa Kali, allá en Hayderabad…

—¿Y…?

—Y no me gustó lo que presencie, querida.

—¿Qué fue ello?

Shelby Fox, capitán de fusileros y lanceros de los Ejércitos regulares de las Colonias reflexionó profundamente, con su ceño fruncido y la mirada perdida en las sombras de la noche azul de Bombay.

—Este país vive de profecías, de tradiciones y leyendas inspiradas en viejas premoniciones religiosas o políticas… Pero nunca oí hablar de algo tan absurdo como… como la Maldición del Vampiro de Plata.

—La…, ¿qué? —musitó Maggie con voz sorprendida.

—La Maldición del Vampiro de Plata… ¿Nunca oíste mencionar eso en la India?

—No, nunca…, al menos que yo recuerde. ¿Qué significa eso?

—Hablaron de algo que sucedería un día…, no tardando mucho. Mencionaron una luna llena, grande y roja, como una mancha de sangre en el cielo. Y a su luz, llegará el Vampiro de Plata, para unir sus poderes siniestros a los estranguladores de la diosa del Mal, y así aniquilar a los ingleses invasores…

—Un vampiro… ¿Te refieres a uno de esos sedientos de sangre de que hablan los viejos libros centro-europeos?

—De ellos hablo, sí.

—En la India, nunca oí hablar de vampiros, Shelby.

—Lo sé. No son de estas latitudes. No sé de dónde habrá surgido la leyenda. Pero, evidentemente, existía en algún texto hindú del pasado y algún santón o sacerdote de la diosa Kali lo ha sacado a la luz, mostrándolo ante sus fieles como una bandera más contra el que consideran su invasor y su tirano.

—Pero aún así, Shelby… ¿Por qué precisamente… un vampiro?

—Eso es lo extraño. Quizá haya algo de cierto en la profecía. Quizá por ello mismo lo mencionan. Y quizá se basen en una vieja historia trasplantada aquí en tiempos remotos, y ocultada por razones que nunca entenderemos.

—Y esa luna roja, llena y redonda… —De repente, como amedrentada, la joven Maggie miró el cielo azul y se estremeció, abrazándose a su prometido—. ¿Has observado, Shelby? Está en creciente… y dentro de pocos días será luna llena. Puede ser también premonitorio…

—No es eso lo que me preocupa, Maggie —le acarició, pasando su fuerte mano nervuda y bronceada por los cabellos, sedosos, suaves y color caoba brillante—. Tal vez sea ésa u otra luna, no sé. Pero al estrangulador herido y el que iba a ser ajusticiado por las autoridades militares de Hayderabad, por asesinato, repetían lo mismo, insistentemente, con un gesto feroz, jubiloso, extraño y fanático… Decían algo así como: «El Vampiro Plateado… Él vendrá a beber vuestra maldita sangre… y a crear un mundo de nuevo poder para los patriotas que sirven a la diosa Kali… El Vampiro de Plata está al llegar… y acabará con todos los tiranos bajo la luna llena, roja como la sangre…».

Hubo un silencio. Maggie temblaba, pese a lo cálido de la noche. Shelby la rodeaba con sus firmes brazos. Luego, en el interior del edificio, sonó la música de violines que amenizaría la cena. Después de eso, llegaría el baile, la diversión…

—Shelby, ¿qué significa un…, un vampiro de plata? —musitó Maggie.

—No lo sé ni lo entiendo —sacudió la cabeza el capitán Fox con energía—. Pero según los estranguladores, así será. El vampiro

tendrá un rostro plateado, a la luz de la luna, y servirá a las fuerzas del Mal contra todos nosotros. Posiblemente sólo sea eso: una maldición imaginaria, un simple relato antiguo, escrito en algún viejo pergamino, pero… hubo algo en su modo de decirlo, algo en la fe con que hablaban de ello, que llegó a impresionarme… Y me gustaría saber por qué, Maggie. Yo, para serte sincero jamás he sentido impresión alguna al oír hablar a esos estranguladores de sus creencias fanáticas… salvo esta vez. Y, como tú misma te preguntas, me interrogo a mí mismo, y trato de imaginarme qué cosa, qué ser, qué clase de criatura terrible y misteriosa puede llegar de la nada, de la oscuridad, de lo desconocido, con el nombre de vampiro… y qué significa ese color de plata a que alude la leyenda.

—Shelby, no regreses a Hayderabad. —Habló de repente Maggie, angustiada—. Quédate aquí y no vuelvas allá. Papá puede interceder por ti, hablar con el gobernador militar, pedirle que te destinen aquí, en Bombay, por un tiempo… Eso significaría un compás de espera, cuando menos.

—¿Me pides casi una deserción? —musitó tristemente Shelby Fox.

—No, no te pido eso. Te ruego que te quedes. Que esperes un tiempo que evites el posible influjo de… de ese Vampiro Plateado de que hablan las leyendas hindúes desenterradas.

—Maggie, no puedo hacerlo. No sería justo. Tengo mi puesto en aquel destacamento, mis hombres confían en mí y la situación allí es peligrosa de siempre. Pero te diré algo más, querida. Algo que, quizá, sea una simple idea propia. Pero que temo pueda ser la realidad. Y eso, precisamente, es lo que más me aterra…

—Shelby, ¿de qué hablas?

—De algo que he imaginado esta misma noche. Algo que, de repente, me vino a la mente, y me asustó… Fue viendo ese curioso museo de tu padre…

—El museo… ¿Qué tiene eso que ver?

—¿No lo entiendes? Es la plata… El material común a todos los objetos que él conserva. Plata en figurillas, objetos, decoración… Incluso plata en algo que, en principio, no he concedido la menor importancia y que, luego, a lo largo de esta noche, he estado dando vueltas en mi interior, sin que me sienta mejor ni más tranquilo.

—¿A qué te refieres?

—A la máscara. Una pieza de plata extraña y sorprendente. Es hindú, sin duda, pero jamás la vi antes de ahora. No sé lo que pueda ser pero de algo estoy seguro, Maggie: parece el rostro de un ser sobrenatural, de un monstruo de rasgos hindúes…, pero equivalente a los vampiros de las viejas leyendas europeas…

—Shelby, he visto esa máscara… Es un valioso objeto en la colección de papá, pero no sé más…, ni creo que pueda tener relación alguna con esa maldición que citan los sectarios de Hayderabad…

—Yo pienso de modo diferente, Maggie. Pienso en que esa maldición puede ser algo más que una simple revuelta patriótica en la región donde yo sirvo como oficial… Algo que abarque a una gran extensión del país… Quizá, incluso, a Bombay, con toda su tranquilidad aparente de hoy.

—¿Aquí? —Maggie le miró, con ojos dilatados de sorpresa y temor—. Eso no es posible, Shelby…

—Mucho me temo que sí sea posible, aunque ello no significa que tenga que serlo necesariamente. Lo que digo es que en estos momentos puede ser cualquier lugar de este país hostil a nosotros el que estalle de repente en llamas. Y todos podemos arder en esas llamas.

Y acaso el vampiro plateado signifique el inicio de un nuevo horror… Pero vamos hacia dentro, Maggie. Olvida lo que hemos hablado. Sólo quería advertirte de que existe un peligro sobre todos nosotros. En todas partes. Un peligro que puede surgir en cualquier momento. En cualquier noche de luna llena…

—¿Crees que podré olvidarlo? Tengo fe en tu modo de pensar, en tu criterio. Y tengo esa máscara de plata en casa, en una vitrina… Acaso cuando la mire mañana, me estremezca de terror, con la sola idea de que puede ser presagio, anticipo de… de algo atroz, que llegue de las sombras y caiga sobre nosotros.

—No te preocupes, Maggie. Sólo son divagaciones que creí conveniente revelarte. No las he comentado aún con nadie. Ni pienso hacerlo. Pero si algo sucediera, si algo vieras en torno tuyo que llegara a preocuparte, avísame urgentemente. Si estoy aquí, en Bombay, llámame en el acto a tu lado. Si estoy en Hayderabad… telegrafíame y estaré en pocas jomadas junto a ti.

—Sí Shelby. Ten por seguro que lo Hare —prometió ella

solemnemente, con voz ronca.

Y estrechamente enlazados, los dos jóvenes prometidos entraron en la residencia, para asistir a la cena del coronel Rawlins y, posteriormente, a su baile de gala. Ahora, el arrogante capitán Fox lucía el rojo brillante de la casaca de su uniforme de las grandes ocasiones, ceñida a su esbelta figura. Sobre ella, destacaba el distintivo de los Kyber Rifles de Hayderabad, y su insignia de capitán de fusileros.

Pero en la noche quieta, de luna creciente, sobre un Bombay adormecido, soñoliento y como en éxtasis tropical parecía quedar flotando la duda, la preocupación latente del joven oficial, que allá, en los riscos montañosos de las regiones del norte de la India, oyera hablar de un extraño enigmático e inexplicable Vampiro Plateado…

* * *

Apenas sonó el grito desgarrador en el barco, la calma nocturna de sus tripulantes de servicio se vio alterada de modo brusco. Muy en especial, la del capitán del King George III, y propietario de la embarcación, *sir* Josuah Silverstein, y sus dos invitados de honor, Ralph e Ivy Carter.

Los tres corrieron precipitadamente hacia el exterior del comedor del puente, en busca del origen y motivo de aquel alarido escalofriante. Se encontraron con dos marinos despavoridos que, de guardia en cubierta, corrían también en busca de las causas del grito casi inhumano.

Cuando se encontraron todos ellos, cambiaron miradas de incertidumbre evidente. El aristócrata masculló, muy pálido:

—Ésa voz… ¿de dónde ha llegado?

—Nos pareció que de abajo, señor —habló uno de los marinos —. Posiblemente en las bodegas…

—Muy bien. Vamos a ver lo que ocurre. ¿Dónde está Perkins?

—El contramaestre no está en cubierta, señor. No he visto a Perkins hace bastante tiempo.

—Es extraño… Él no acostumbra a abandonar la cubierta… —Miró, preocupado, a Ralph Carter—. Muchacho, empiezo a asustarme… Ese…, ese ataúd de plata… está abajo, en la bodega… Puede suceder lo peor…

—Vamos allá, *sir* Josuah —le apremió Ralph, enérgico; Se volvió

a Ivy—. Tú quédate aquí, querida. Es mejor que en esta excursión bajemos solamente los hombres, por lo que pueda suceder…

—No, Ralph, te lo suplico… —musitó ella ahogadamente—. Prefiero ir con vosotros… No me he vuelto nunca atrás ante peligro alguno…, ni siquiera cuando papá fue en busca del Conde Drácula a su tumba… ¿Por qué habría de hacerlo ahora?

Cambiaron una ojeada vacilante el aristócrata y su joven amigo e invitado. *Sir* Josuah se encogió de hombros, indeciso. Ralph respiró con fuerza, moviendo la cabeza.

—Está bien —dijo—. De cualquier modo, el peligro puede estar en todas partes ahora. Ven con nosotros, si *sir* Josuah no pone objeción.

—No, ninguna. —Silverstein arrugó el ceño—. ¿A qué peligro se refiere, Ralph?

—Eso es lo que me preocupa, señor… No quiero pensar siquiera en la posibilidad de que su contramaestre Perkins pueda haber abierto ese féretro… e intentado quitar la estaca del pecho del vampiro…

Esto último lo dijo en voz baja, para que los marinos, armados ya con pistolones y un mosquetón, no dieran marcha atrás ante un temor supersticioso. Luego, el quinteto formado por *sir* Josuah, la joven pareja y los dos marinos, emprendieron la marcha hacia la escalera de acceso al fondo de la bodega.

Éste se mostró oscuro a sus ojos, como una sima insondable. No había ni el menor rastro de luz, abajo. El silencio era tan profundo a bordo, que sólo se oía el golpeteo de las aguas en sus flancos, y el chirrido del maderamen, a impulsos del vaivén de la marcha sobre el mar sombrío y sereno.

—Una luz —susurró *sir* Josuah—. Traigan una luz, pronto. Y empecemos a bajar. ¡Perkins! ¡Contramaestre Perkins! ¿Dónde se ha metido?

Nadie respondió a sus llamadas. Si estaba abajo, debía hallarse incapacitado para hacer sonar su potente voz, porque no hubo sonido alguno. Uno de los marinos encendió con rapidez un fanal de vidrios polvorientos y comenzó el descenso hacia lo desconocido, en medio de aquel silencio casi sobrenatural.

Era como bajar a las profundidades de una cripta vacilante y en movimiento, donde de todo, desde las ratas inevitables en el fondo

de la bodega de un navío, hasta el propio casco del mismo, movido por la marcha del velero y por el oscilar pausado del oleaje, producía una serie de chirridos prolongados, intermitentes y casi siniestros.

Sombras humanas inquietantes, bailotearon en las sombras, a medida que iban adentrándose en la bodega de a bordo, en busca de la razón de aquel grito humano que ya no volvió a repetirse.

Terminaron los escalones de gastada madera. Pilas de embalajes y fardos de alimentos, provisiones y alguna carga de la que *sir* Josuah llevaba para comerciar en la India y regresar a Inglaterra con nuevas provisiones para el retorno, chirriaban en torno a ellos, movidas por las amarras que impedían su deslizamiento sobre el suelo de tablas de la bodega.

Encima de sus cabezas, la luz del fanal proyectó extrañas, gigantescas siluetas oscuras, producidas por sus propias cabezas alargadas, deformes como formas monstruosas.

Bajo el barco, el mar era una superficie ondulante y oscura, sobre la que el velero privado se movía hacia el litoral hindú. Aquella última noche de travesía a lo largo de medio mundo, había perdido ya toda su brillantez mundana y superficial. Algo, súbitamente, había quebrado aquella efemérides marítima a conmemorar. Algo inexplicable y oscuro, que *sir* Josuah no acababa de entender. Pero que le había llegado a producir un escalofrío, cuando le habló Ralph del sarcófago de plata de Transilvania… y cuando gritó alguien a bordo, con un aire de horror y de agonía indescriptibles en su tono desesperado.

—Mirad… —dijo roncamente *sir* Josuah deteniéndose de repente, y señalando al suelo, con mano estremecida—. Ese gorro de lana…

—¿Qué significa, señor? —quiso saber Ralph Carter, oprimiendo con fuerza en su mano zurda la diestra de Ivy, su esposa… y en la derecha una de las contundentes porras de los marinos, aunque ignoraba hasta qué punto sería capaz de hacer algo práctico con ella.

—Es el gorro de Tom… El contramaestre estuvo aquí, sin duda…

Nadie comentó nada. Siguieron adelante. Les bastó recorrer muy escasa distancia, para darse cuenta de lo que sucedía. Se detuvieron todos, estremecidos, como agitados por un viento de horror surgido

de las húmedas profundidades sombrías de la bodega.

Los ojos se clavaron, alucinados, en la forma tendida de bruces junto a las cajas de carga. Fue el propio Silverstein quien reconoció a su hombre:

—¡Perkins! ¡Es él…!

Rápidamente, Ralph Carter se precipitó sobre el caído. Trató de girarlo, pero pesaba mucho y era difícil mover su mole. Un marino le ayudó… para retroceder inmediatamente, dando un terrible alarido de pavor.

¡El rostro de Perkins, a la luz lívida del fanal, aparecía totalmente blanco, exangüe, con los ojos desorbitados… y un reguero de sangre seca corría desde su garganta, horadada por dos boquetes incisivos y profundos, justo encima de la yugular!

—¡Drácula! —Jadeó Ralph, convulsionado por el terror—. ¡Ha sido él…!

Sus ojos alucinados giraron, volviéndose hacia el lugar donde aparecía, sobre una serie de cajones, la forma plateada, imitando una silueta humana… El féretro aparecía vacío y su forro escarlata no mostraba sino la huella de un cuerpo que ya no se hallaba dentro.

La tapa, alzada, reposaba junto al ataúd, y no se advertía huella alguna del ser que pudo haber contenido el fúnebre recipiente. Pero ahora *sir* Josuah creía entender quién era la persona que permaneciera allí encerrada hasta que Tom Perkins lo abrió imprudentemente.

La luz del fanal revelaba a sus ojos la presencia de un madero afilado punzante y sólido cuya punta aparecía bañada en un oscuro líquido seco cuya naturaleza no era difícil adivinar.

—La estaca… —jadeó el aristócrata demudado—. Lo hizo. El desdichado de Perkins quitó ese madero del cadáver y… y…

—¡Y resucitó al vampiro! —Gritó Ralph angustiado, oprimiendo contra sí a su esposa—. *Sir* Josuah, ¡Drácula debe estar ahora aquí mismo, tal vez a nuestras espaldas…, vigilando nuestras gargantas para morderlas, ávido de sangre!

Los cabellos de los presentes se erizaron ante la revelación de Ralph. Todos iban a girar sus cabezas, aterrorizados…, cuando la llama del fanal se extinguió, como apagada por un helado soplo llegado de no se sabía dónde… ¡y una larga, aguda y terrorífica

carcajada de júbilo, de insano placer sin límites, vibró dentro de la siniestra bodega, provocando el pánico ciego de los desdichados viajeros y tripulantes del King George III!

SEGUNDA PARTE

BOMBAY, NOCHE DE LA ROJA LUNA LLENA

(Abril de 1881).

CAPÍTULO PRIMERO

—Sólo cinco días más, coronel… y deberé volver a Hayderabad —murmuró el capitán Fox, con voz grave.

—¿Por qué motivo? —Objetó James Rawlins, atusándose como en él era su costumbre su níveo mostacho—. Estoy capacitado para alargar su permiso, capitán, y…

—No, gracias, señor. No sería justo. Siendo el prometido de su hija, ello daría pie a conjeturas poco amables para mí. Y quizá mis compañeros de guarnición tendrían razón. Ellos están luchando duramente allá, aunque ahora no sea mucha la actividad bélica. Debo estar a su lado. Sólo se lo mencioné a título de comentario. Quisiera que, en mi próximo permiso, cuando menos, usted autorizase el matrimonio de Maggie y mío, señor…

—Capitán Fox, sabe que tiene mi total permiso para ello, muchacho —aprobó complacido el militar—. Si Maggie y usted lo desean, serán marido y mujer en cualquier momento… Como usted dice, la actividad no es mucha en la India en estos días, y de ello debemos congratularnos. Ni siquiera los fanáticos siervos de Kali atacan a los residentes ingleses en estas semanas… Hayderabad y su guarnición del puesto avanzado, podrían pasarse muy bien sin su presencia, cosa de dos semanas más, capitán…

—A pesar de ello, señor, preferiré estar allí con los míos —sonrió Shelby, sereno y_ firme. Luego, sus ojos oscuros y vivaces se ensombrecieron por un momento—. De cualquier modo, no me gusta demasiado la inactividad de nuestros hombres, coronel.

—¿Cómo? —se asombró Rawlins, mirándole con sus ojillos azules muy abiertos—. ¿Debo entender que prefiere usted… seguir luchando contra esos fanáticos…? ¿Elige el derramamiento inútil de sangre, capitán Fox?

—Jamás, señor. Sin embargo, esta calma no me gusta…, en

especial en estas fechas.

—¿Estas fechas? —La perplejidad hizo enarcar las blancas cejas hirsutas del militar—. No recuerdo que se aproxime efemérides alguna religiosa o patriótica, de esos fanáticos enemigos que nos combaten a sangre y fuego, capitán…

—Y así es, coronel. No se aproxima ninguna fecha rara, se lo aseguro. Pero la luna está creciente… y pasado mañana, justamente…, estará en período de luna llena. Hace calor, mucho calor. La atmósfera es densa y pegajosa, señor…

—Diablo, capitán, no logro entenderle una palabra…

—Señor, cuando eso sucede, la luna aparece grande y roja en el cielo… —Se estremeció el joven oficial de fusileros de Hayderabad —. Justo como dice la profecía…

Se acababa de detener ante una vitrina del museo privado del coronel Rawlins: justamente la vitrina donde ostentaba, con orgullo, la hermosa y enigmática máscara de plata de aquella desconocida deidad hindú.

—¿Profecía? —Indagó el coronel—. ¿Qué profecía?

—Hablé de ella con su hija, señor…, y creo que lo entendió, aunque no sea nada sólido ni convincente por el momento. Y espero que jamás lo sea… —Estudió reflexivo la misteriosa máscara. Rodeó la vitrina y luego lentamente fue exponiendo al coronel Rawlins todo cuanto dijera noches antes a Maggie, en el porche de la residencia del militar en las afueras de Bombay.

A medida que hablaba, la expresión del coronel revelaba escepticismo, sorpresa, inquietud y desorientación, en su orden exacto. Finalmente, sacudió la canosa cabeza perplejo.

—Al diablo conmigo si entiendo algo —refunfuñó—. Esa historia no tiene sentido, capitán. Los hindúes no hablan de vampiros en su religión, ni tan siquiera en sus supersticiones.

—Eso es lo que más me preocupa, señor. ¿De dónde salió la idea? ¿Por qué esa máscara que le vendió a usted un desconocido mendigo? ¿Ha observado sus incisivos? Podrían ser los de un vampiro transilvano… adaptado a la mentalidad india.

—Por Dios, capitán… ¿Qué puede tener en común la vieja Europa Central con la India?

—Nada hasta ahora… excepto esa leyenda de la maldición de un vampiro de plata. Yo, señor, me desharía lo antes posible de esa

pieza…

—¿Y perder así la apuesta con mi directo rival, el orgulloso *sir* Josuah Silverstein, tan amigo entrañable mío como adversario en coleccionismo? Ah, no, capitán Fox, eso jamás…

—Bien, señor… —Shelby se encogió de hombros, mirando a la máscara de plata con inquietud—. De todos modos… yo lo pensaría, por si de repente, en una noche como ésta, apacible y cálida, la luna se nos muestra llena y color de sangre… y la Maldición se materializa ante nosotros y las cosas dejan de ser como realmente son…

En ese preciso instante la Muerte surgió a espaldas del coronel Rawlins.

El capitán Fox estaba junto a la vitrina con la máscara de plata, pero al lado opuesto de ella, cuando la sombra mortífera surgió de las penumbras del fondo del museo, y cayó sobre el viejo militar.

En la noche, silbó una cuerda de seda negra, enroscándose mortal, en torno al cuello del coronel James Rawlins, ante los propios ojos atónitos del capitán Shelby Fox…

* * *

Todo sucedió tan rápidamente, que Shelby Fox, por un momento, ni siquiera supo qué hacer.

Luego, cuando el coronel cayó de rodillas bajo el peso de su agresor, con el lazo de seda al cuello, otro cuerpo elástico, bronceado y felino, surgió de otro punto, precipitándose sobre Shelby con un afilado acero en su mano nervuda…

El arma cayó hacia la garganta de Fox. Éste escuchó en hindú las roncas palabras de su agresor:

—¡Muerte al tirano! ¡Sangre para el Vampiro de Plata que libertará a la India…!

Luego, notó la proximidad helada de la punta de acero, rozando su piel, a punto de penetrar en ella, en tanto el coronel Rawlins forcejeaba en vano con su mortífero verdugo de piel cobriza y turbante negro.

Los siervos de la diosa Kali, los temibles estranguladores de la India, habían caído sobre ellos. Borrosamente, Fox recordó las palabras inquietantes de su agresor, justo cuando evitaba con un fuerte impulso de su cuello y cabeza el impacto mortal del acero, y

empezaba la lucha desesperada con su adversario.

Ambos cuerpos cayeron al suelo, rodando por el museo, en un forcejeo tenaz y rabioso.

El jadeo del asesino, junto al cuello de Shelby, rasgado superficialmente por la punta del cuchillo, era cálido y entrecortado. Sentía el sudor de la piel de aquel broncíneo enemigo, elástico y fuerte como un tigre, mientras se debatía en un abrazo a vida o muerte, en el que lo más apremiante y desesperado no era ya su propia vida, sino la del coronel Rawlins, que en esos momentos se enfrentaba a una muerte cierta de la que sólo él podía tratar de salvarle en un esfuerzo supremo, si lograba deshacerse de su propio enemigo.

Algo como un estertor le llegó, procedente de los labios de su futuro suegro. Ello dio alas a sus afanes y fuerza redoblada a sus músculos de hombre eficaz y combativo. Logró derribar al agresor contra el muro. Tintineó el acero en el suelo de baldosas del museo.

Rápido, el enemigo manipuló algo. Shelby supo que el lazo mortal de seda se movía como un vivo reptil dócil entre sus dedos. Y se inclinó, fulgurante, alcanzando el acero. Lo disparó desde el suelo, con firme pulso y tino mortal.

El arma se hincó hasta la empuñadura en el cuello de su enemigo. Éste emitió un ronco gorgoteo, entre borbotones de sangre. Se desplomó, con el lazo de seda en sus manos, ya totalmente inútil.

Shelby giró la cabeza. La vitrina y la máscara se interponían entre él y el coronel. Aún así, captó el corpachón del militar, en espasmos bajo el cuerpo de su enemigo bronceado. Sin vacilar, desenfundó el revólver de su lustrosa pistolera del uniforme. Disparó una sola bala, a través de la vidriera rectangular.

Restallaron los vidrios destrozados, rugió el arma, llameando, y el proyectil se alojó bajo el negro turbante del estrangulador. Éste rodó de bruces muerto en el acto. Cayó, dando tumbos, con ruido argentino, la máscara de plata.

Fox corrió hacia el coronel, sin preocuparse del destrozo en su colección. Precipitóse sobre Rawlins y aflojó el cordón negro de su cuello.

Ya era tiempo. Incrustado casi en su rolliza garganta, estaba a punto de estrangularle. El matiz de su rostro era púrpura, tenía

parte de su lengua afuera, y los ojos desorbitados.

Al estampido del arma de fuego, acudieron servidores nativos y soldados ingleses de servicio. Brillaron más luces en la sala, ahuyentando las penumbras de ciertos rincones.

—Creo que se salvó de milagro —dijo roncamente Fox, enjugándose el sudor y mirando a los dos cadáveres—. Pero ha sido todo un aviso... La muerte está ya en Bombay... y, lo que es mucho peor, algo se está confirmando, para desgracia nuestra...

Le miraron, sin entender, en tanto trasladaban al coronel a otra sala, donde atenderle debidamente. Un oficial corrió en busca de un médico de servicio. Shelby Fox, pensativo, se quedó contemplando la vitrina rota por el disparo, la máscara de plata que cayera de la misma, y yacía ahora, no lejos de los dos hindúes servidores de Kali, muertos en la pugna dramática.

—La Maldición... —susurró—. Uno de ellos la mencionó... Es lo que me temía. Hayderabad, Bombay... Dios mío, ¿existirá realmente ese Vampiro de Plata?

El joven capitán Fox aún no podía saberlo, pero en esos momentos, un velero llamado King George III entraba en los muelles de Bombay, procedente de Inglaterra...

Y la respuesta a su angustiada pregunta, iba precisamente a bordo de aquel buque...

Jana, sacerdotisa suprema de la secta de Kali, en Bombay, elevó sus ojos al cielo, por encima de los arbustos que rodeaban el lugar del sacrificio.

Las llamas enrojecían el ámbito, haciendo bailotear las sombras de los presentes, formando en torno un cerco de rostros graves, ascéticos, broncíneos y crueles, con sus dilatados ojos en éxtasis, fijos en las llamas de la hoguera y también en el culebreo sensual, lascivo y ritual, del cuerpo cimbreante y moreno de la hermosa y maligna mujer.

Jana era joven, opulenta y lujuriosa. Jana era una especie de junco viviente que oscilaba ante las llamas, a su propio compás, como un fuego más, hecho de carne vibrante, joven y firme, de negros cabellos y de ojos fulgurantes.

El rojo lunar entre las cejas, era tan carmesí como sus labios entreabiertos, anhelantes, como de animal al acecho. El estómago y las caderas desnudos, entre el breve corpiño plateado y la falda

abierta, larga, de seda translúcida, salpicada de reflejos de plata, era algo en constante movimiento, por la vibración misma del baile pleno de lascivia y, a la vez, de extraño salvajismo, de feroz y primitiva fuerza ritual.

Jana estaba invocando ahora en su lenguaje hindú a las extrañas deidades oscuras del Mal, de las que ella era sacerdotisa magna en las regiones de Bombay. Una treintena de hombres de mejillas sumidas y ojos ardientes, de cuerpos semidesnudos y musculosos, asistían al rito. En sus cinturas la negra seda del estrangulamiento era un arma silenciosa, siempre a la espera, como oscuras culebras dóciles a su pulso y a su pericia diabólica.

Parecía como si, por primera vez, los hindúes servidores de la sanguinaria diosa del odio y de la venganza, de la destrucción y de la muerte, no confiaran siquiera su poder ejecutor a la fuerza sibilante y aniquiladora de sus lazos estranguladores.

Era como si confiaran en algo más. En algo que no entendían y que, sin embargo, en cualquier momento podía emerger de entre las llamas que ardían en el altar de piedra. Justo detrás de donde yacía, encadenada e inmóvil, sometida a forzado silencio, con la mordaza sujetando su boca, con los ojos dilatados de pavor, la joven doncella blanca, la muchacha que apenas tendría dieciocho años, de ropas desgarradas, de rubios cabellos, claros ojos y piel sangrante por el esfuerzo desesperado de su resistencia a los captores nativos.

La prisionera iba a ser sacrificada a la diosa delante de los feroces adoradores de Kali. Y, cosa extraña, la doncella tenía suspendido sobre sí un murciélago vivo, atado a unos arbustos, agitando sus negras alas pegajosas y emitiendo roncos chillidos de inquietud. Debajo del cuerpo de la cautiva, una plancha metálica brillaba con raro fulgor a la luz de la fogata. Y una máscara colgada de las rocas, remataba el altar, justo detrás de la efigie en piedra de la propia Kali.

La máscara y la plancha metálica, eran de plata pura.

Jana invocó con su voz solemne, aguda, como producida durante una hipnosis extática:

—A ti, Poder de las Tinieblas… A ti, cuya presencia está escrita en nuestras más viejas profecías… Tú, Vampiro de Plata, acude a la invocación de los fieles de Kali, que creen en tu presencia y en tu poder para vencer al enemigo europeo. Libera al pueblo sometido al

tirano. Haz correr la sangre extraña por suelo hindú… ¡Bebe la sangre de nuestros adversarios, y permite que esa fresca sangre roja de sus venas pase a nuestros corazones henchidos de odio para que, vivos o muertos, luchemos por nuestra India libre! ¡Tú, espíritu de la Oscuridad, ven a nosotros, tus siervos fieles que te esperamos! ¡Vampiro de Plata anunciado por los dioses y por los ritos del pasado, no demores más tu llegada, ahora que la luna llena será grande y roja como puede serlo el festín de sangre del que tú serás protagonista y nosotros partícipes! ¡Te esperamos, oh Vampiro de Plata!

Y su culebreo, su danza erótica, terminó de repente con un alarido de éxtasis. Se inclinó y un largo cuchillo culebreante, de hoja ondulada, se alzó en sus manos morenas, enjoyadas de plata.

Cayó el arma sobre el cuerpo tendido en la plata. El chillido de agonía y horror escapó por debajo de la mordaza, cuando el acero penetró en el cuerpo joven, sacudiéndolo en un atroz espasmo de dolor y muerte…

Rápida, Jana exhaló gritos triunfantes, y se abrazó sobre el cuerpo aún palpitante y vivo de cuya tremenda herida sobre los senos, brotaba un tumultuoso manantial de roja sangre en ebullición.

Los labios de la sacerdotisa se bañaron de rojo caliente. Succionó la sangre, y los demás siervos de Kali corrieron a reunirse con ella y tomar parte en el dantesco festín de bebedores de sangre…

Y, cosa increíble… De repente, el murciélago negro dejó de chillar, quedóse inmóvil, como muerto. Creció de súbito desgarrando las débiles sedas de sus ataduras… Creció y creció ante el repentino pavor respetuoso de los adoradores de Kali, que retrocedieron, con la sangre salpicando sus rostros y cuerpos, con sus manos enrojecidas.

Jana, con ojos cerrados, apretando trémula sus labios crispados, gritó agudamente:

—¡El Vampiro de Plata llega! ¡Lo noto, lo presiento! ¡Está entre nosotros!

Y cayó a tierra, se retorció, volteó su cuerpo en un frenesí casi epiléptico, en tanto el murciélago seguía creciendo, hasta tomar el tamaño y apariencia de un ser humano mitad hombre con negra capa, mitad animal alado…

Flotó hasta caer contra la máscara de plata, y al volverse…, ¡su propio rostro era el plateado de la carátula infernal, pero con el destello de dos ojos malignos, inyectados en sangre, tras los angostos orificios…!

Aquella forma increíble y monstruosa que se ignoraba si era hombre, animal, espíritu o simples tinieblas materializadas bajo una careta grotesca de plata, cayó sobre Jana a su vez.

Colmillos de plata se hincaron, rabiosa, ávidamente… en el cuello broncíneo de la hermosa sacerdotisa que, estática, complacida por el sacrificio propio, como adormecida por el mismo diabólico poder que, emanando de aquel ser, mantenía rígidos y en trance a los estranguladores de Kali, ni siquiera gritó o protestó. No se resistió ni luchó.

Simplemente Jana, la sacerdotisa, fue presa de colmillos voraces, tallados en plata sobre una simple máscara de metal con facciones de pesadilla, que parecía flotar en la noche, sobre un amasijo de sombras de confusa estructura humana. Y ahora, mientras los siervos de Kali volvían a beber la sangre de la joven inglesa asesinada en el altar maldito, él, El Vampiro de Plata de la India, succionaba y succionaba la sangre de Jana hasta extinguir su palpitación en las venas.

El cuerpo cayó a los pies de su verdugo. No había en él un solo soplo de vida. Pero todos parecían aceptar gozosos el sacrificio que haría de Jana una No-Muerta, un cadáver errante, en las noches indias, mil veces peor y más cruel que el más perverso e implacable de los asesinos de Kali…

El Vampiro de Plata había llegado a la India.

Y ya había probado sangre de uno de sus hijas. Ahora, el espíritu del Mal estaba con ellos. La maldición se iba a cumplir no tardando mucho, apenas aquella luna creciente se hiciera redonda y roja en el cielo…

* * *

Maggie, muy pálida, se volvió hacia Shelby desde el borde del lecho donde reposaba su padre. Miró angustiada a su prometido.

—Shelby, esta vez han fracasado… Pero puede repetirse…

—Sí, siempre puede repetirse —asintió Fox—. Han hallado a dos centinelas asesinados en los jardines. Así llegaron hasta el pabellón

destinado a museo, Maggie. Es evidente que mis temores resultaron ciertos. El peligro está también en Bombay. Y, lo que es peor, tiene un cariz nuevo. No es solamente un acto aislado de estranguladores…

Maggie vaciló, incorporándose. Se aproximó al joven oficial, con paso inseguro.

—¿El…, el vampiro? —musitó, casi con terror.

—Sí. —Fox inclinó la cabeza, asintiendo—. Uno de ellos lo mencionó.

—Dios mío… —Tembló ella.

—Serénate Tenía que suceder. Ya sabes cómo ocurren esas cosas. Las noticias van de boca en boca, lo comunican unos a otros. De persona en persona, de tribu en tribu, de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad… Así llega a Bombay, a Madrás, a Calcuta… Toda la India espera ahora a su salvador. Confían en un ser de ultratumba, en un vampiro llegado de lejos, que cubrirá sin duda su rostro cadavérico con la faz de plata de sus deidades tradicionales. Es el mismo azote, pero cambiado de lugar, de latitud… con todo lo que ello comporta.

—Pero ¿será algo más que una simple superstición de ellos? ¿Existirán, realmente, los vampiros?

—No lo sé, Maggie. No conozco lo que está más allá de lo natural. Puede ser que todo se limite a una superstición, como tú dices. Pero sólo eso es ya inquietante, porque moverá la fe de millones de patriotas rebeldes, contra nosotros. La sangre inglesa es la que debe correr, y la que ellos desean ver succionada por su extraño vampiro…

—Pobre papá… De no ser por ti ahora estaría muerto… —murmuró Maggie, estremecida—. Oh, Shelby, ¿qué va a ser de nosotros cuando tú estés de nuevo en Hayderabad?

—Tenéis guardia personal, Maggie. Tu padre adoptará las debidas precauciones. Espero que nada suceda en los pocos días que me quedan de estancia en Bombay… y todo esto no pase de ser una simple pesadilla para todos. Es, cuando menos, lo que deseo.

—Si atacaron una vez la finca, lo harán otras, hasta tener éxito. Pero eso con ser grave, no me preocupa tanto como aquello que desconozco, lo que no entiendo… —Se abrazó a él, temblorosa—. Shelby, tengo miedo…

Y tengo miedo porque me horroriza pensar que esa maldición sea realidad… y el Vampiro de Plata sea algo más que una leyenda.

—Nada nos hace pensar que ello haya de ser así, querida —sonrió el joven—. Esperemos y…

En ese momento, un oficial de la guardia personal del coronel Rawlins entró en la estancia, saludando respetuoso a Shelby, y tendiendo a Maggie un documento.

—Telegrama urgente para el coronel, señorita Rawlins —dijo el militar—. Procede de la metrópoli, según parece.

Maggie, agitada, tomó el despacho. Miró a su padre, que dormía plácidamente, tras haber sido asistido por un médico y sometido a un tratamiento de sedantes. Abrió el despacho con decisión.

—Yo lo leeré —dijo—. Si es algo oficial tú resolverás por él, Shelby…

Leyó el contenido del texto. Ante la sorpresa de Fox, palideció intensamente, se tambaleó, y hubiera caído, de no ser porque los firmes brazos del joven capitán sujetaron a la muchacha, en tanto recogía el telegrama, antes de caer al suelo de los dedos abiertos de Maggie, y trataba de descubrir qué era lo que tal impresión había producido en la joven.

Shelby Fox sintió que sus rodillas vacilaban, y su visión se le nublaba por un momento, ante el contenido del telegrama llegado de lejanas latitudes:

«Enterado buque King George III se dirige a Bombay con *sir* Josuah Silverstein a bordo y joven matrimonio Carter como invitados luna de miel, siendo Ivy Carter mi hija, suplico encarecidamente coronel Rawlins advierta *sir* Josuah necesidad urgente de inmediata destrucción féretro de plata sin abrir ni mover cuerpo contenido en él. Examinados documentos proféticos sobre vampiros, me entero existencia leyenda hindú sobre Vampiro de Plata en período de luna llena y época actual. Sería terrible dar suelta monstruo contenido ataúd plata adquirido *sir* Josuah para competir colección coronel Rawlins, en cuyo interior va cadáver Conde Drácula, capaz resucitar si se le despoja estaca clavada corazón.

»Ello significaría desastre India y posiblemente todo el

mundo, si vampiro cumpliera profecía de Maldición de Vampiro Plateado.

»Saludos: Profesor Basil Bannister».

—Dios mío… —jadeó roncamente Shelby, tan impresionado como su propia novia ante la lectura del terrible documento—. No es posible. Nos estamos volviendo todos locos…

Giró la cabeza hacia el oficial de servicio que llevara el telegrama, y le apremió, con tono abrupto:

—Pronto, avise a las autoridades. Informe al gobernador de lo sucedido, y que evite el desembarco del personal y la carga del King George III cuando llegue a puerto, procedente de Londres. Es muy importante que el barco de *sir* Josuah Silverstein no deje en tierra determinada mercancía, y…

En ese momento, se abrió la puerta y asomó otro oficial, anunciando con sencillez:

—Perdone, capitán Fox. Un caballero amigo del coronel pregunta por él… Es *sir* Josuah Silverstein… y acaba de llegar de Inglaterra por vía marítima, a bordo de su propio buque, el King George III.

Capítulo II

Sir Josuah leyó el documento pensativamente. Luego, miró con ojos fijos, muy abiertos y alarmados, a su joven interlocutor. Terminó asintiendo con aire grave, preocupado.

—Sí, capitán —dijo—. Desgraciadamente, todo es cierto…

—Cielos… —Se estremeció Shelby, oprimiendo con fuerza, entre las suyas, la yerta mano de Maggie, mudo testigo de la entrevista—. No puede ser… Ese vampiro…

—Ha viajado con nosotros desde Inglaterra sin que yo llegara a saberlo. La historia es larga, pero vale la pena referirla, ahora que parece haberse convertido en una amenaza terrible para todos, dada mi estupidez en ese maldito juego de la colección de plata… —Refirió con premura los hechos, desde la adquisición del sarcófago de plata a los ladrones de tumbas, allá en Londres, y terminó luego con los sucesos de la siniestra noche anterior en alta mar, cerca ya de la costa occidental hindú—: Señor Fox, cuando descubrimos que mi contramaestre, con la mayor buena fe, había violado el secreto del féretro, comprendimos todos que el horror estaba suelto a bordo. Pero era tarde para hacer algo positivo. Fuimos atacados por el monstruo, al extinguirse la luz en la bodega… Creo que era imposible defenderse de él, hacer algo por evitar lo inexorable… Pero tuve que luchar, y luché a mi modo…

—¿Qué ocurrió realmente entonces, *sir* Josuah?

—Algo realmente terrible, pero que pudo ser infinitamente peor —jadeó *sir* Josuah Silverstein, cerrando los ojos, con expresión de angustia. Prosiguió, tras una pausa—: Mis marineros fueron atacados brutalmente. En la oscuridad, oía sus jadeos y gritos, así como los chillidos histéricos de la pobre joven, Ivy Bannister… Luego, logré alcanzar el fanal, y pude encenderlo, mientras mis manos alcanzaban las porras de mis hombres en el suelo. Con dos

de ellas hice una tosca cruz y la alcé entre ambas manos apenas ardió la llama. Fue realmente escalofriante, capitán.

—Siga. ¿Qué fue?

—La Cruz… Ante su marca, el vampiro retrocedió alucinado, emitiendo chillidos terribles. En su frente se marcó un surco en forma de cruz, que humeó, como si la carne fuese quemada, despidiendo un fétido hedor… Luego, con un alarido que nada tenía de humano, chorreando sangre por sus incisivos y sus labios abiertos, Drácula escapó de mí, se arrojó por uno de los ojos de buey de las bodegas.

—¿Se arrojó al mar?

—Cuando menos, en él le vi desaparecer, hundirse como una masa de sombras en movimiento. Disparé mi arma sobre él, mientras se hundía, aunque sabía que era infantil tal procedimiento, ya que un cadáver no puede morir dos veces, y él no era sino un difunto convertido en un No-Muerto por la maldición de la familia Drácula, allá en la lejana Transilvania…

—Por el amor de Dios, *sir* Josuah, continúe… ¿Qué sucedió con sus hombres, con el matrimonio Carter…?

Sir Josuah bajó la cabeza. Sus ojos se entornaron, amarga la expresión.

—Desgraciadamente, mi querido capitán Fox…, no todo fue bien en aquel terrible momento en las tinieblas —susurró—. Mis pobres amigos no escaparon totalmente al horror. Ninguno de los dos marinos recuperó la vida. Estaban desangrados. En cuanto al joven Ralph Carter… era también un cadáver cuando le atendí… y la pobre muchacha, Ivy, parecía enloquecida. El descubrimiento de lo ocurrido a su esposo la desquició todavía más, y en estos momentos se halla como en trance, sometida a hipnóticos y sedantes, sin haber vuelto en sí durante las últimas veinte horas. En cuanto a los cadáveres de Carter y de mis marineros, están en el puerto, esperando ser descargados por las autoridades navales de Bombay. Y, en previsión, cada uno de ellos lleva en su pecho una cruz, para impedir que la maldición que los colmillos de Drácula pudieron inocularles prospere luego y les convierta, a su vez, en autómatas sin vida, siervos del Príncipe de las Tinieblas a quien tan estúpidamente he traído yo de Inglaterra…

Hubo un silencio. Fox contempló a su interlocutor.

Inesperadamente, en un gesto impulsivo y rápido, levanto algo, que puso entre ambos. Sorprendido, *sir* Josuah miró lo que sostenía Shelby en sus manos: con su propio sable reglamentario y el del coronel había formado una perfecta cruz de acero, que extendía su sombra sobre el rostro y figura del aristócrata recién llegado.

Sir Josuah sonrió tristemente y afirmó despacio con la cabeza. Nada en él se había alterado.

—Hace bien, mi querido amigo —musitó—. Es lo mejor que debe hacerse en estos casos: nadie está fuera de sospecha, y nada le dice que yo pudiera haberle mentido, y ser ahora uno de los siervos fieles a Drácula. Como ve, capitán, nada ocurre. No soy un vampiro, o esa cruz me hubiera hecho huir horrorizado con su marca sobre mi piel. Desde ahora, quizá debamos practicar tal experiencia en toda persona que haya podido tener un contacto directo con el vampiro…

—¿Lo ha hecho usted con Ivy Carter? —preguntó apagadamente Fox.

—Sí —asintió *sir* Josuah—. Está fuera de toda duda también. Igual que el resto de mis tripulantes. Por fortuna, el vampiro sólo estuvo libre a bordo cosa de unos minutos, desde que Perkins abrió el féretro hasta que yo le vi sumergirse en las aguas.

—Siendo un ser de ultratumba, nunca se sabe cuáles serán sus nefastos poderes, *sir* Josuah —argumentó el joven oficial—. Tal vez Drácula haya nadado hasta tierra, sin desfallecer. O haya podido volar hasta la India, como vampiro que es…, en cuyo caso, él estaría ya aquí en estos momentos… y la Maldición se haría realidad en cualquier momento.

—¿Maldición? —*Sir* Josuah parecía totalmente ajeno a aquel aspecto del asunto—. ¿Qué maldición, capitán?

Fox le tendió el telegrama, que leyó atentamente *sir* Josuah, mostrando en su rostro la turbación y la inquietud al terminarlo. Luego, el capitán le relató cuanto él sabía, y eso terminó de desorientar y preocupar vivamente a *sir* Josuah Silverstein.

—Cielos, es como si un destino superior a todos nosotros hubiera movido nuestros actos más insignificantes. Como si todo estuviera calculado de antemano por una fuerza oscura y terrorífica, que anulara nuestra voluntad —gimió el aristócrata—. Sólo así se explica que los hechos hayan terminado por desembocar en esto…

—Ciertamente, *sir* Josuah, algo de desconocido y poderoso existe en la fuerza que ha movido últimamente nuestros destinos… lanzándonos a esta sima de honores sin fin. Lo que más temo, es que el sacrificio del joven Carter, de sus marinos y de esa pobre señora Carter, entre otros, sólo sea el principio de algo mucho peor, capaz de extenderse por toda la India como una mancha de aceite, creando en este lugar un auténtico ejército de las sombras, una legión de condenados estremecedora, al servicio de la destrucción y del Mal… *Sir* Josuah, ¿qué ha hecho entre tanto con su sarcófago de plata? Puede ser peligroso conservarlo, porque la plata está muy unida a la maldición que nos afecta, sin duda alguna…

—Eso, no podía saberlo. Ahora iré a bordo. Si quiere, puede acompañarme, capitán, Y lanzaremos al agua el féretro. Cuando se hunda por su propio peso, bien hondo, me quedaré tranquilo, aun teniendo que pagar la apuesta al coronel Rawlins…

—Mi querido padrino *sir* Josuah —habló Maggie ahora dulcemente recuperándose en parte de la terrible impresión que sufriera—. Yo también haré que la horrible máscara que mi padre adquirió en hora mala, sea destruida inmediatamente en el museo, fundida o destrozada hasta que no sea nada, salvo trozos de metal…

Decidida, se encaminó al museo para proceder a lo que decía. La siguieron Shelby Fox y el aristócrata. En el museo, varios soldados montaban guardia, armados y recelosos. Dejaron paso a Maggie y a sus acompañantes. La sorpresa de todos ellos lúe notable, al llegar ante la vitrina destrozada por el disparo de Fox.

No había el menor rastro de la carátula de plata.

* * *

—Parece imposible… Yo la vi mientras luchaba, la vi caer de la vitrina cuando disparé, quebrando los vidrios… —repitió Shelby Fox, sacudiendo la cabeza, mientras el carruaje, con escolta militar armada hasta los dientes, les conducía a bordo del King George III, anclado en los muelles abigarrados y coloristas de Bombay.

—No debe sorprenderle nada, capitán —masculló *sir* Josuah, ceñudo y malhumorado—. Creo que el Mal se ha desatado y ya todo es posible aquí… Es evidente que el vampiro, o bien su influencia nefasta, ha llegado a la India ya. A partir de ahora, sólo Dios sabe lo que puede llegar a suceder…

—Los oficiales y soldados montaban guardia, nadie ha podido entrar en el museo sin ser visto… —recitó Maggie, asombrada, con la palidez presente siempre en su bello rostro, bajo los rojos cabellos rebeldes—. Y, sin embargo…

—Sin embargo de delante de sus propios ojos ha desaparecido la máscara de plata, aunque la sustracción sea materialmente imposible… —Remachó Shelby Fox con voz quebrada—. Eso es lo único que cuenta, Maggie. Lo que nos da idea clara del poder misterioso de las fuerzas a las que pretendemos enfrentarnos.

—¿Existe realmente un medio de enfrentamiento real con los poderes de ultratumba, capitán Fox, siendo nosotros simples mortales? —dudó *sir* Josuah, ensombrecido.

—No lo sé —suspiró Shelby, ceñudo—. Habrá que pedir consejo a alguien que sabe bien cómo luchar y acosar al terrible enemigo que tenemos entre nosotros.

—¿Quién, capitán?

—El profesor Bannister, *sir* Josuah.

Éste asintió, pensativo. Parecía compartir la idea de Shelby. El carruaje se detuvo. Habían llegado al muelle donde estaba amarrado el King George III. Al descender del vehículo, observaron que había fuerzas bengalíes en torno a la embarcación, con su bayoneta calada y el aire marcial. *Sir* Josuah suspiró, sacudiendo la cabeza:

—Vaya, están tomando bien todas sus medidas, capitán Fox —hizo notar.

—El gobernador militar de esta plaza ha sido ya informado —dijo Shelby—. Y creo que no se ha tomado el asunto a broma, pese a todo…

Se identificaron, subiendo a bordo. Se habían trazado cruces en tiza en las puertas del barco. Silenciosos, huraños marineros de servicio, recorrían la cubierta. Saludaron respetuosamente a *sir* Josuah y le informaron de que no había novedad a bordo. La señora Carter seguía dormida en su camarote y el féretro de plata continuaba en las bodegas, a la espera de lo que se hiciera con él.

—Eso, vamos a resolverlo inmediatamente —dijo *sir* Josuah con energía, echando a andar hacia el camarote de la joven esposa, víctima del horror de Drácula en la persona de su esposo y de sí misma en consecuencia. Entraron sigilosamente.

Shelby Fox se aproximó con paso suave a la dormida criatura rubia. Observó su pálida faz, la tersura de su rostro apacible, el descanso en que se hallaba sumida, bajo las sábanas de la litera. Otra litera vacía, señalaba la ausencia irremediable ya de su joven esposo, Ralph Carter, víctima del poder de Drácula.

—Pobre criatura —murmuró—. Va a ser terrible su existencia de aquí en adelante…

Sir Josuah afirmó gravemente. Sus ojos centelleaban.

—Hubiera dado algo por poder salvarle. Pero toda mi premura fue inútil. Cuando ardió de nuevo el fanal y logré ahuyentar con la cruz al vampiro…, todo estaba ya hecho —murmuró tristemente, sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Ella tendrá que aceptar eso como algo que no admite solución. Espero que sea una chica valerosa. Demostró serlo en otras cosas…

—Esto es diferente —terció Maggie, mujer al fin y al cabo. Puso su mano sobre las mejillas y frente de la muchacha dormida—. Pobrecilla… Yerta cómo la misma muerte, fría, como el mármol, aunque respire en el mundo aún. El frío del dolor y la soledad serán lo peor que tenga que soportar en el futuro… Especialmente, sabiendo cuál fue la terrible suerte de su joven esposo…

—Y yo que pensaba en un bello e inolvidable viaje de luna de miel… —habló con amargo sarcasmo *sir* Josuah.

—Inolvidable, sí promete serlo —dijo Shelby con ironía—. Pero por motivos muy diferentes a los imaginados, señor…

Después, se apresuró a tomar de su bolsillo un objeto que había recogido en casa del coronel Rawlins, y lo puso ante el rostro de la dormida muchacha, proyectando sobre su amplia frente la sombra del mismo.

Era una cruz de madera de un pie de longitud. Observó a la muchacha dormida, y nada se alteró en ella. *Sir* Josuah sonrió a su lado.

—Sigue sin fiarse de nadie —suspiró—. Muy bien, capitán. Me alegra que todo siga igual a bordo. Cuando yo partí de aquí, hice lo mismo que usted con Ivy Carter… Por fortuna, ella no ha sido contaminada por el poder del vampiro. Esperemos que la suerte continúe por algún tiempo.

—Mucho me temo que no, *sir* Josuah. —Shelby frunció el ceño pensativo—. ¿Y el ataúd?

—Vamos a ocuparnos de eso ahora —afirmó el aristócrata—. Vengan conmigo.

Aunque mejor será que un par de soldados nos acompañen a la bodega, por si acaso…

—No es mala idea… —aceptó Shelby, que se dispuso a dar las órdenes pertinentes.

Momentos después, ellos y tres bengalíes de servicio descendían a las bodegas, con suficientes luces para ahuyentar todas las densas tinieblas del lugar. Manchas ostensibles de sangre en el suelo, muros y carga, señalaban aún la terrible tragedia vivida a bordo por *sir* Josuah y sus compañeros de viaje.

De súbito, el aristócrata señaló hacia un determinado punto, con dedo tembloroso. Su voz sonó aguda, vibrante:

—¡Eh, miren eso! ¡Maldita sea si lo entiendo…!

Miraron todos. Shelby trató de entender:

—No veo nada. ¿Qué ocurre?

—Ahí está lo malo. ¡Que no hay nada! —clamó *sir* Josuah sobresaltado—. ¿No lo entiende, capitán? Es ahí. Es ahí donde dejé el féretro de plata… ¡y también ha desaparecido!

* * *

—Todos recuerdan muy bien a bordo que usted dejó ese féretro ahí. Y afirman que nadie ha subido a bordo, ni ninguno de ellos ha descendido a la bodega. Pero el ataúd de plata de Transilvania ya no está donde se había quedado. Lo mismo que la máscara de plata del coronel Rawlins… Eso sólo puede significar una cosa, *sir* Josuah.

—¿Qué, capitán Fox?

—Que Drácula está en la India. Ha llegado a tierra. Y ya tiene su refugio para el día, donde esperará a que lleguen las sombras de la noche para incorporarse y buscar a sus víctimas… También la máscara de plata que, evidentemente, va unida a la maldición escrita en los viejos libros y textos proféticos hindúes, se halla sin duda en su poder. Y ello le permitirá actuar ante los creyentes fanáticos del país como quien realmente será a partir de ahora: el Vampiro Plateado…

—Capitán, ¿será posible encontrar ese ataúd? —murmuró *sir* Josuah, perplejo, vacilante.

—La India es un país inmensamente grande. Y turbas de sanguinarios fanáticos guardarán celosamente el secreto de su nuevo amo y señor llegado de ultratumba… El poder hipnótico y mental de Drácula hará el resto, *sir* Josuah. Va a ser difícil, realmente muy difícil, dar con algún rastro que nos lleve hasta el hermético ataúd donde el vampiro dormirá su sueño diurno.

—Entiendo. Eso significa que…, que estamos todos en sus manos.

—O algo parecido…

—No se muestra usted muy optimista…

—No puedo serlo. Estoy pensando en que mañana, precisamente mañana…, es noche de luna llena. Y el fuerte calor reinante hará que la luna se vea grande y roja en el cielo. Será la señal que despierte al Vampiro… y las hordas le sigan hasta morir. O se sometan a ser sus esclavos y autómatas, convertidos en vampiros como él mismo… —concluyó sombríamente el capitán Shelby Fox.

CAPÍTULO III

Luna llena…

Grande y roja luna redonda, sobre el cielo de Bombay.

Estaba empezando a levantarse en el atardecer azul y caluroso. Como al conjuro de su presencia, puertas y ventanas se cerraban. Los hindúes que no amaban la violencia, se encerraban en sus casas. Los soldados patrullaban con las armas a punto.

La violencia se respiraba por doquier. Era un clima tenso y excitado el que precedía a la llegada rápida de la noche en la ciudad occidental de la India. En los templos, religiosos hindúes de más apacible espíritu, se refugiaban en sus oraciones y ofrendas, sin querer saber nada de la violencia y del odio que latían en el ambiente. Alrededor del palacio del gobernador, como de las casas de los ciudadanos ingleses notables, al igual que el coronel Rawlins, fuerzas regulares bengalíes y británicas montaban estrecha guardia.

Pero todas esas medidas castrenses habituales, parecían en esta ocasión como desplazadas o forzadas, sin que la más mínima convicción existiera en los que las llevaban a la práctica.

En el fondo, todos parecían temer que el peligro de ahora intangible y siniestro, se materializase en la oscuridad, cayendo sobre las gentes como un alud incontenible frente al que nada podrían hacer las armas.

Y en cierto modo, así era.

Porque apenas se hizo noche cerrada, y en la distancia se extinguieron los últimos claros rojizos del crepúsculo, en alguna parte de Bombay chirriaron los resortes de cierre de un féretro de plata…

Drácula, señor de la oscuridad, emergió de su reposo diurno. Sólo que ahora, su larga y pálida faz espectral había desaparecido. Y sobre la alta figura vestida de negro, era una horripilante máscara

de plata la que parecía bailotear grotescamente, en siniestro carnaval. A través de las rendijas abiertas en la plata tallada, un par de pupilas inyectadas en sangre, buscaron su senda en la noche.

Su poderosa mente emitía órdenes hipnóticas. Su poder sobrenatural iba extendiéndose en torno, llegando a remotos rincones, donde hombres y mujeres captaban su llamada y acudían a ella, dóciles como autómatas…

El aquelarre del Vampiro Plateado estaba a punto de iniciarse, como la legendaria maldición anunciaba a los hindúes: un ser de ultratumba, llegado de remotos confines, adoptaba la apariencia y simbolismo de una vieja deidad ávida de sangre extranjera, para vengar a la India sobre su tirano opresor.

Y, en realidad, para comenzar en el mundo su siniestro reinado de oscuridad, muerte y horror sin límites…

Más tarde, en un claro silencioso, donde los fanáticos reunidos sumaban centenares, donde las antorchas lucían como llamas de almas condenadas en un infierno helado, de silencios y de muerte, surgió ante todos la figura altísima, flotante, envuelta en ropajes de negra seda salpicada de plata. Sobre los hombros, la carátula plateada del mítico vampiro hindú que ahora era Drácula, llamado por la voz de un destino escrito en los textos malditos de otros tiempos de oscurantismo religioso y fetichista.

Drácula comenzó a impartir órdenes. Comenzó el ceremonial de la sangre. Y en la noche, los No-Muertos se multiplicaron, a medida que la mente de Drácula los llamaba, tras ser vaciados de sangre, para nutrir a otros vampirizados.

Y la llamada pavorosa llegaba a todas partes.

En algunos lugares, personas como marineros del King George III, mordidos por Drácula, personas como Ralph Carter y otros, se incorporaban en sus depósitos, para dejar la mesa o las losas heladas en que yacía su cadáver y caminar, como sonámbulos estremecedores, al encuentro de su amo y señor, el rey de los vampiros.

* * *

Nervioso, Shelby Fox aplastó el cigarrillo con su pie. Se quedó mirando a la ciudad aparentemente dormida y silenciosa. Luego, elevó sus ojos al cielo salpicado de estrellas. No le importaron éstas,

sino la grande, redonda y roja luna llena.

—Es la noche… —susurró para sí—. Dios mío, ¿qué va a suceder hoy?

Paseó por los jardines, comprobando que los hombres montaban guardia en sus lugares respectivos, y que todo estaba aparentemente en perfecto orden. Miró a todas partes, sin descubrir detalle sospechoso alguno que le hiciera temer alguna anormalidad.

Y sin embargo…

—Shelby, cariño…

Se volvió, sobresaltado. Miró a Maggie y caminó hacia ella, con aire de reproche.

—Maggie, esto no —la reprendió—. Te he pedido que no abandones la casa bajo pretexto alguno. Debes hacerme caso, te lo ruego. Esta noche es muy peligrosa. El aire mismo huele a peligro, a muerte tal vez…, o a algo mil veces peor que la misma muerte, como puede serlo el no morir jamás, el eterno deambular desde el ataúd, en busca de sangre fresca…

—Cielos, Shelby, me asustas —se estremeció ella, envolviéndose en su blanco chal adornado con hilos dorados. Pero la noche no era fría y siguió teniendo escalofríos, pese a abrigarse—. Las cosas no pueden ser tan horribles. ¿Por qué habrían de venir precisamente aquí? La India es tan grande…

—Sí, lo es. Pero observa el juego del destino: primero el profesor Bannister, en Londres. Luego, unos ladrones de tumbas, un coleccionista caprichoso como tu propio padre. Un mendigo, una máscara de plata en Bombay… Los profanadores de Londres y el sarcófago de plata, el viaje del King George III, la llegada de tu padrino *sir* Josuah, con esa siniestra carga… El destino final de Ralph Carter, el estado de Ivy, su esposa… El ataque al museo, la desaparición de la máscara, la evaporación del ataúd a bordo del barco de *sir* Josuah… Sí, Maggie. Demasiadas casualidades. Todo ha ido a desembocar aquí, en esta casa precisamente. Si Drácula está realmente en la India, como sospecho, sabe que aquí tenemos a *sir* Josuah. Sabe que tuvimos la máscara de plata del Vampiro Plateado… Demasiadas cosas señalando hacia esta casa, hacia nosotros… Maggie, es mejor protegerte. Hay dos hombres armados ante tu puerta, otros tres en los jardines, bajo tus balcones… ¿Por qué no dejarte proteger por ellos, y olvidarte de que yo rondo

también por aquí, velando tu sueño y el de tu padre?

—Shelby, sabes bien que si el Vampiro atacase…, ¿de qué me servirían esos hombres armados?

—Tienes razón —convino gravemente Shelby, frunciendo el ceño—. Pero no olvides que tienes en tu dormitorio algo más: una cruz de madera, una ristra de ajos, una estaca afilada, a tu alcance… Todo ello puede ser la mejor defensa, si la tradición no miente. Y si todo ocurre como está escrito en los viejos libros de ocultismo y artes satánicas no tenemos por qué suponer que los procedimientos puedan fallar en este caso…

—Shelby, ¿estás tú protegido contra…, contra eso?

Sonrió Fox. Abrió botones de su guerrera, sobre el torso. Colgando de una cadena, vio Maggie la cruz de madera, como escudo protector.

—Puede parecer ingenuo para un soldado —dijo el joven—. Pero dadas las circunstancias, no debemos despreciar medio alguno de defensa. Es el único, tal Vez, que pueda ahuyentar al Mal, e incluso servirnos para aniquilar a cualquier vampiro que se aproxime…

Maggie jugueteó con la propia cruz de oro de su cadena y asintió. Luego, estremecióse al mirar hacia la luna. El fulgor de ésta, daba tonalidades anaranjadas a su rostro.

—En alguna parte, hoy correrá la sangre —musitó ella—. Lo presiento…

* * *

El bengalí de servicio, abrió la puerta del camarote, para comprobar que todo iba bien. Frente a él, un marino del King George III también montaba guardia, rifle en mano.

Ivy Carter dormía, pálida y serena, respirando profundamente. El fusilero bengalí de servicio se mostró aliviado. Miró al marino, que le contemplaba, a su vez, curioso.

—Era mejor comprobarlo —dijo el soldado de frondosa barba y uniforme exótico, rematado en el turbante de las fuerzas nativas al servicio de la Corona—. Había creído oír un ruido ahí dentro, hace poco tiempo…

—Sí, yo también —suspiró el marino, contemplando el ojo de buey herméticamente cerrado—. Tal vez la señora se movió en su

litera. O una embarcación rozó nuestro barco por el lado de babor…

—Sí, tal vez —admitió el bengalí, encogiéndose de hombros y dando así por terminado el incidente. Cerró la puerta del camarote y prosiguió imperturbable su guardia.

La tranquilidad no hubiera sido tan grande en él, de haber podido ver lo que sucedía un instante después en el camarote de Ivy Carter.

Los ojos de ésta se abrieron. Al ceder sus párpados, aparecieron las pupilas azules y límpidas de la joven, sin la menor señal de somnolencia. Tenían un raro brillo rojizo. Y el cuerpo juvenil se irguió lentamente, con cierta rigidez sobre la litera.

Entreabrió los labios en un asomo de sonrisa escalofriante… ¡y los incisivos, prolongados y afilados, asomaron por ellos, ávidos de clavarse en algún punto!

Su cuello quedó desnudo al caer el chal que la envolvía. Sobre la piel rosada, profundos orificios, cerca ya de los firmes senos, señalaban la huella del vampiro… Ivy Carter también había sido mordida y, por tanto, vampirizada…

Ahora, erguida, caminó hasta la puerta del camarote. Parecía moverse sonámbula, bajo el influjo de algún poder ajeno a ella. Una lejana orden llegaba a su cerebro, en fuertes ondas autoritarias:

—¡Levántate! ¡Ven a mí, como todas mis criaturas! ¡Ven, Ivy Carter, y recuerda que dejaste de ser mujer, para convertirte en un ser inmortal, que gozará de vida eterna en tanto haya sangre en las venas de tus víctimas para nutrir tu belleza inmarchitable durante siglos! ¡Tu amante Drácula te espera, Ivy! ¡Ven a él, es una orden a todos los vampiros leales a su Príncipe y señor…! ¡Venid! ¡Venid todos en la noche de luna llena en la que la sangre de los enemigos de la oscuridad deberá correr torrencialmente sobre estas tierras en las que ahora domina mi poder…! ¡Venid! Y acrecentad mi ejército de leales. Poseed a cuantos os sea posible, para que el mundo entero llegue a vampirizarse un día… ¡V Drácula sea su amo y señor!

La orden era nítida, potente, precisa. Ivy obedeció. Como obedecía Ralph Carter en el depósito de cadáveres de Bombay. Y los marinos del King George III… Y todos los que fueron mordidos y succionados por los colmillos del Conde Drácula…

Ivy llegó a la puerta. La abrió. El bengalí, sorprendido," giró la

cabeza. La miró, sin dar crédito a sus ojos.

—Usted, señora… ¿Cómo pudo levantarse? Dormía profundamente cuando…

El bengalí no pudo seguir. El marino presenciaba la escena como hipnotizado, sin atinar a intervenir. Ella se inclinó sobre el soldado nativo. Sus pechos rozaron al bengalí, que la miraba con hipnótica fijeza y rara rigidez. Los incisivos de ella, sin dolor, se hincaron en la yugular del hombre…

Fue una posesión rápida y certera. La sangre fluyó, pasando a la garganta ávida de Ivy Carter. Luego fue el marino de servicio… Ninguno de ellos opuso resistencia. Era como si la rubia vampirizada se moviera entre figuras de cera, incapaces de reaccionar.

Cuando reanudó la marcha, dos vampiros más la seguían, sin sangre humana en sus venas, movidos solamente por la voz mental, imperativa del Príncipe de las Tinieblas, llamándoles desde alguna parte…

Poco después una canoa partía del King George III, por su parte de popa, alejándose a golpe de remo en las tinieblas de la noche, para burlar la densa vigilancia militar en los accesos al barco y en los muelles circundantes.

Eran ya diez los vampiros que, rígidos, mecánicos como autómatas, como auténticos muertos vivientes que eran, partían en aquella embarcación, a la llamada de su amo y señor, el rey de los vampiros…

* * *

La sangre corría ya copiosamente sobre la India.

La noche de la luna llena, redonda y roja, cumplía su profecía terrible. Jana, la sacerdotisa, los fieles siervos de Kali, y cuantos formaban la región de fanáticos luchadores, eran ahora muertos vivientes o No-Muertos, como decían ellos en Transilvania, persignándose a su sola mención.

Era un alud creciente de horror, unos cadáveres ambulantes, ávidos de sangre, arrollando cuanto encontraban a su paso. Villorrios, aldeas y casas aisladas… Cuarteles de soldados británicos o nativos…

El avance implacable de las huestes de Drácula iba arrollándolo

todo paso a paso.

Y el poder de los vampiros no hacía sino hacer correr la sangre, para obtener más y más adeptos, en el más terrorífico y helado ejército imaginable.

A su frente, el diabólico mascarón de plata abría paso hacia Bombay, en busca de nuevas víctimas. Mujeres de mirada perdida, viejos de rostro sumido, niños de escalofriantes ojeras en torno a los ojos dilatados y redondos, formaban la legión de monstruos sedientos de sangre. Jóvenes o ancianos, mujeres o niños, eran ya siervos de Drácula. Seres movidos por las fuerzas del Mal, desatadas sobre la India de súbito…

Y la orden mental seguía partiendo desde el cerebro de Drácula hacia sus siervos.

Y su mensaje era siempre el mismo:

—Vampirizad a todos… Haced correr la sangre… Está escrito que el Vampiro Plateado dominará primero a la India… y después al mundo. ¡Todos, levantaos y buscad el festín de sangre…!

Alguien, en alguna parte, escuchó esa orden terrible.

Y obedeció, como todos los demás…

* * *

La casa permanecía en silencio. Era casi medianoche, y no habían llegado aún noticias alarmantes de ninguna parte. Era como si todos los temores alimentados durante días atrás, carecieran por completo de fundamento. Nadie en derredor había dado la más leve señal de alerta a la guardia.

El coronel Rawlins dormía, como parecían dormir también Shelby Fox, Maggie Rawlins o *sir* Josuah Silverstein. Pero no todas las cosas eran como parecían. La noche en casa del coronel, empezaba a poblarse de inquietantes novedades…

Maggie despertó de súbito ante el ruido que había creído percibir en sueños. Agitada, se incorporó en su lecho y miró en derredor, llena de temores.

Envolvió su seno en la sábana y estudió, preocupada, la oscuridad del dormitorio. Nada en éste reveló que hubiera motivo para sus terrores. Tal vez un mal sueño había sido el motivo trivial de todo aquello, y nada más.

Comprobó que su cruz colgaba del cuello, que otra cruz de

madera pendía a los pies de su lecho, y que las ristras de ajos salpicaban todos los accesos a su cámara privada. Aunque parecía tan ridículo, le hizo sentirse mejor. No podían entrar allí los vampiros. Nunca eran capaces de vencer la señal de Dios…

Se dispuso a conciliar de nuevo el sueño, olvidándose de sus temores y preocupaciones. De súbito, se incorporó violentamente, con el corazón latiendo agitadamente, como un caballo desbocado, dentro de pecho.

Ahora sí. Estaba segura. Había oído un ruido. Un leve ruido… ¡en el balcón!

Se incorporó, angustiada. Se dilataron sus ojos y estiró rápidamente el brazo, aferrando la cruz de madera que mantuvo ante sí, como un escudo invencible.

Luego, miró a las vidrieras del balcón, veladas por visillos y cortinas translúcidos.

Tembló. Había alguien allí.

Una alta figura, rígida y oscura, recortándose, difusa, entre las cortinas y los cristales. La noche era cálida. Recordó, con vivo terror, que el balcón estaba sólo entreabierto. Bastaría un leve empujón… y el intruso entraría en su dormitorio sin resistencia alguna.

—No, no puede ser… un vampiro —susurró—. Si lo es… no podrá entrar ante la cruz y los demás elementos…

No tenía miedo, sin embargo, a nada físico o real. Era Drácula quien la asustaba. La maldición del Vampiro Plateado y todo aquello. Sin embargo, cuando la hoja del balcón cedió con un leve chirrido, y la sombra humana se proyectó entre las cortinas agitadas, empezando a entrar en el dormitorio, su terror subió de grado.

Contempló los ajos que caían a los pies del intruso, al desprenderse de la falleba del balcón. En buena lógica, si era un vampiro, debía detenerlo, frenar su avance. No ocurrió así.

El visitante nocturno avanzó. Tenía unos andares rígidos, extraños. Su cuerpo envarado hablaba de un autómata, de alguien como en trance… El miedo era una zarpa helada que parecía hurgar en las entrañas de la muchacha, hasta ahondar en su corazón, paralizándolo con un frío aterrador.

En buena lógica, no podía ser un vampiro… y sin embargo, ella

estuvo repentinamente segura, con una seguridad escalofriante, de que sí era un vampiro…

Cedieron los cortinajes. La silueta espectral penetró en el dormitorio, se aproximó a la joven que, con expresión alucinada, contemplaba el inflexible avance de su enemigo. Quiso gritar y notó que se le estrangulaba la voz en la garganta. Se agitó en el lecho, desesperada, intentando hacer algo, enfrentarse al peligro, luchar… Adelantó su brazo, como para protegerse ante sí, mientras con la otra mano, repentinamente, giraba el graduador de su quinqué, y éste proyectaba de repente una claridad dorada sobre el rostro del intruso.

Ahora sí. Un chillido ronco de terror escapó de labios de Maggie Rawlins al reconocer aquel rostro lívido, de rigidez fantasmal, de ojos dilatados y como inyectados en sangre, de largos incisivos asomando entre los labios ávidos, entreabiertos…

¡Un vampiro!

Lo era. Trémula y desesperada iba retrocediendo, tratando de hallar una salida imposible. El vampiro seguía adelante, insensible al terror que se iba apoderando de la muchacha.

El monstruo se inclinó sobre ella. Maggie gritó cuanto le fue posible, al sentir cerca de ella el helado vaho de aquel aliento de ultratumba, la proximidad fascinante de los ojos malignos, y el peligro inexorable de aquellos colmillos que la convertirían pronto en uno de ellos, en un autómata más, bajo el poder de Drácula…

CAPÍTULO IV

Shelby Fox no se sentía capaz de descansar esa noche.

Había conciliado un breve e Incómodo sueño en el salón situado cerca del museo, y de repente se despertó, totalmente despejado y con el ánimo en tensión, como si algo sutil le anunciara la proximidad de un peligro.

Caminó con firme paso hasta donde los bengalíes montaban la guardia. Le Informaron de que no había novedad. Más aliviado, regresó a los salones desiertos. Mientras nada ocurriera en la casa, Maggle estaría a salvo. De momento, eso era lo que más le Importaba.

Apenas se había acomodado en una butaca, cuando un oficial de servicio entró en la cámara. Se detuvo, saludándole respetuoso. Traía algo en su mano.

—Un telegrama para usted, capitán Fox —dijo—. Es de Londres, y viene por vía urgente oficial.

—Sí, gracias —lo tomó apresuradamente—. Es la respuesta a un mensaje telegráfico que envié anoche a Londres… Espero que me sirva de algo…

Lo desdobló, leyendo su texto. Como Imaginara, era la respuesta a su pregunta acerca de la técnica posible para enfrentarse al gran peligro.

Una respuesta que, súbitamente, hizo tambalear toda su seguridad y su fe en las medidas adoptadas hasta entonces:

«Enterado sucesos Bombay temo lo peor. He revisado rápidamente textos hindúes y documentos sobre vampirismo en otras latitudes. Hasta recibir nuevas orientaciones, sepa que solamente una Imagen Krlshna, representación hindú de

> Dios, sería válida al mutarse Drácula y sus vampiros a mentalidad oriental. Símbolos religiosos hindúes pueden aniquilar vampiro plateado como estaca haría en Occidente.

»Saludos: Basil Bannister».

—¡Maggle! —susurró, angustiado, el joven oficial, al recordar las medidas tomadas: ajos, y demás—. ¡Nada de eso es válido aquí, en la India! ¡Dios mío, ella puede correr peligro!

Y, como una confirmación a sus repentinos terrores, en alguna parte de la casa sonó el alarido de horror y angustia de una mujer en peligro mil veces peor que la muerte…

* * *

El capitán Fox se precipitó escaleras arriba. A su paso, una figurilla de Krlshna, dios hindú, fue arrancada de un estante, y empuñada con energía, camino del dormitorio de Maggle.

Por una puerta lateral, procedente del jardín, dos fusileros bengalíes aparecieron de súbito, como acudiendo en su ayuda. Pero algo, en su expresión vacía, en su mirada vidriosa, alarmó a Fox. Adelantó su brazo con Krishna entre los dedos.

Un doble alarido brotó de las bocas de los bengalíes, en las que fueron visibles sus colmillos alargados. Cayeron atrás, alzando sus brazos con terror, y en sus frentes humeó la señal de la divinidad hindú, mientras la carne ardía, corroída por un poder superior al del Mal.

Dejándoles atrás Fox siguió a la carrera, más aterrorizado que nunca, en dirección al dormitorio de su prometida. Un nuevo grito de ésta, acusó la presencia del temido peligro. Ya lo imaginaba así. Al ser vampirizados los dos bengalíes de servicio en el jardín, era evidente que un vampiro había penetrado en el dormitorio de Maggie, con la idea de convertirla también a ella en un vampiro.

Si llegaba tarde, sería definitivo. Ya nada ni nadie podía devolver la vida normal a un ser poseído por los poderes de Drácula. Perder a Maggie, sería lo peor que podía sucederle.

Cargó contra la puerta cerrada, y maldijo entre dientes, al resistir ésta el embate. Pero al segundo intento, se desgajó con estrépito la cerradura. Saltó al interior del dormitorio.

Ya era tiempo.

Maggie acababa de ceder, medio desvanecida, medio hipnotizada, y sobre ella se inclinaba, voraz, la boca del vampiro, para succionar la sangre de sus venas, y convertirla en una mujer-vampiro, bajo el poder de las tinieblas…

El monstruo levantó el rostro con un rugido al oírle entrar en la cámara. Shelby reconoció al agresor de Maggie.

Era *sir* Josuah Silverstein, el aristócrata de Londres…

* * *

Sir Josuah, a quien las estacas y los ajos nada podían causarle, porque estaba vampirizado en Oriente, y oriental era ahora el poderío del Vampiro Plateado, conforme marcaba la tradición maldita.

Pero no podría resistir la representación de Krishna, dios de los hindúes. Y así fue. Apenas se revolvió, tirando sobre el lecho a su indefensa y hermosa víctima, para enfrentarse a Shelby, más poderoso enemigo para el vampirizado *sir* Josuah, Fox adelantó su brazo rígido… y la imagen verde, de jade tallado, de aquel ídolo se encaró al rostro demoníaco del vampiro.

Un aullido de horror brotó de labios de éste. Retrocedió, tambaleante, emitiendo jadeos roncos:

—No, no… No, eso no… Maldito… ¡Maldito…! ¡Lo descubriste…!

Shelby Fox, implacable, mantuvo la figurilla ante los ojos dilatados y sangrantes del enemigo surgido de la fría oscuridad de la muerte. En la frente de *sir* Josuah humeaba el signo de la fe india en el Bien y el Amor entre los humanos. Krishna extendía sobre el rostro diabólico del Mal, la influencia bienhechora y aniquiladora de su propia fuerza.

Cayó de espaldas, rodó por el suelo el vampiro, siempre bajo aquella amenaza inexorable. Finalmente, sólo un cadáver yerto y sin color reposó en la alfombra… y Shelby, despiadadamente, aferró la estaca que tenía en su poder Maggie, para sepultarla, con brutal impacto, en el pecho del hombre abatido.

De labios de éste escapó un alarido de dolor infinito y de rabia sin límites. Luego entre un torbellino de sangre, su cuerpo se agitó, hasta que una expresión beatífica de paz se extendió por su rostro,

quedando inmóvil, en reposo, como dormido. Sin duda en la verdadera calma de la muerte auténtica y sin regreso…

—¡Maggie, Maggie querida…! —musitó, corriendo hacia ella, tomándola en sus brazos, cubriéndola de besos y caricias exaltadas —. Lo logré… Logré llegar a tiempo… y te salvé de lo peor…

—Shelby, creí morir… —susurró ella ahogadamente.

—Te creo. Era algo mucho peor que morir lo que te aguardaba. Cuando menos, la muerte es la paz, el reposo eterno, y no una vida maldita, en las negruras de la noche… Maggie, creo que no sólo alcancé eso sino tal vez… tal vez el treno a la marcha sangrienta del Vampiro Plateado y sus huestes vampirizadas… ¡Krishna es la respuesta! Lo mismo que en nuestro mundo occidental… la fe y el amor son lo único que puede vencer al Mal…

—Shelby, no te entiendo… Esa figurilla de papá…

—Ha bastado. Basil Bannister, desde Londres, ha vencido a Drácula una vez más, ahora a tan gran distancia. Vamos ahora. Hay que tomar medidas. Bombay resistirá a los vampiros… y espero estar enfrente del propio Drácula, cuando ellos lleguen para vampirizarnos, como imagino… ¡y se encuentren con lo único capaz de abatirles!

* * *

El Vampiro Plateado detuvo a sus huestes diabólicas en las callejas de acceso a la ciudad de Bombay. El silencio era absoluto. Todo parecía dormir en la noche clara, de redonda luna grande, ya menos rojiza que sus comienzos.

Alzó Drácula sus brazos envueltos en la negra seda hindú de su nueva encarnación oriental. Bajo la máscara de plata, los ojos eran dos feroces fulgores de sangre brillante, como rubíes del infierno.

—Adentro, mis leales —ordenó—. Nada se nos resiste… Bombay es nuestro, como lo será toda la India… ¡y todo el mundo! ¡Vuestro amo os guía! ¡En marcha todos!

Avanzó la horda silenciosa, rígida, siniestra. Centenares de muertos vivientes, ávidos de sangre humana caliente, se desperdigaban por calles y plazas, en el silencio de la noche. Era la más terrorífica y sorda invasión jamás imaginada.

Y su destino era aniquilar la vida, para producir una muerte sin reposo, una falsa existencia eterna, sólo en la noche, deambulando

en busca de sangre para seguir viviendo en el frío atroz de su deshumanizado mundo de tinieblas…

Drácula avanzó hasta la zona residencial inglesa. Tenía su objetivo fijo, y otros vampiros le seguían, con los ojos crueles muy abiertos, las bocas contraídas, las figuras rígidas y mecánicas…

De súbito, en una plaza circular, brillaron luces. Antorchas y lámparas aparecieron en puertas y ventanas. Su claridad, unida a la de la luna, invadió de luz la plaza. El monstruo de la noche se detuvo, alzando sus brazos.

Bajo la máscara brotó su voz aguda, maligna, vigorosa:

—¡El Vampiro Plateado está en camino, y la maldición suya cae sobre toda la India!

¡Dejad paso y rendíos todos a mi poder!

Pero no sucedió así. Ante Drácula, bengalíes, ingleses armados y a la cabeza de todos ellos un joven alto, de cabellos y ojos oscuros y tez bronceada por el sol hindú, cerraban todo camino. Los ojos llameantes y sanguinarios centellearon bajo la máscara de plata.

—Insensato… —jadeó—. El poder de las tinieblas no admite contrincantes… Deja paso a tu futuro amo y señor, capitán…

—Has perdido, Vampiro de Plata —acusó Shelby Fox—. ¿O prefieres que te llame Conde Drácula, como era tu nombre, allá en la vieja Europa? Aquí termina tu maldición sobre la India. La noche de la gran luna llena roja se termina para ti, príncipe de la oscuridad, simple muerto viviente… ¡Krishna acabe contigo y con tu horda maldita de muertos en vida!

Y de súbito, en varias ventanas apareció la efigie de Krishna. En las manos de soldados y oficiales, figuras del dios hindú se enfrentaron al poder opuesto. Drácula, en su nueva personalidad del Vampiro Plateado, emitió un alarido atroz.

—¡Noooo! —rugió—. ¡Eso no, malditos seáis! ¿Quién… quién pudo deciros…?

—Basil Bannister, Drácula. El profesor volvió a vencerte como antes… —dijo triunfante el capitán Fox—. Ahora… ¡muerte para ti, Drácula, pero muerte eterna! ¡Descanso eterno para el rey de los vampiros…!

Y sin vacilar, en su mano enarboló una enorme estaca afiladísima, recubierta con símbolos religiosos hindúes y palabras proféticas de Krishna. Arrojó el arma contra Drácula, y como si

fuese una poderosa lanza, su pulso vigoroso la hizo hincarse sobre el corazón del No-Muerto.

Con un clamor horrible, Drácula rayó de rodillas. Su cuerpo desgajado chorreó sangre cálida y espesa… Repentinamente, su lividez se tornó grisácea tonalidad, su cuerpo se encogió y cayó la máscara plateada, revelando el rostro auténtico del vampiro.

Sus esbirros, los que él vampirizara, muerto su amo y señor vacilaron como espectros ante la luz del día, y comenzaron a caer lentamente, mientras un viento cálido barría las calles, agitando sus ropas espectrales.

Drácula reposó inmóvil. Shelby Fox tomó una antorcha. La acercó al rey de los vampiros.

Un momento más tarde ardían sus ropas y su cuerpo, como si fuese de yesca. Las llamas envolvieron al vampiro. Shelby contempló el espectáculo.

—Esta vez no habrá nuevas resurrecciones, Drácula —sentenció—. Tus cenizas serán arrojadas al viento. Tu cadáver no volverá a la vida jamás… y tus esbirros podrán reposar en la paz de la eternidad, sin miedo a que regresen de ultratumba… Era necesario… y se hizo.

Volvióse a hindúes e ingleses, hacinados en las calle y plazas, tras el resultado final de la emboscada dispuesta por Shelby a los monstruos de la noche. Grito estentóreo:

—¡Aquí termina la Maldición del Vampiro Plateado! Vuelvan todos a sus casas… Ya la noche de la luna llena no significará sangre ni terror…

* * *

—Shelby, esta vez lo tenías bien merecido. Este nuevo permiso de un mes en Bombay, será suficiente para que nos casemos…

—Sí, Maggie. Sé que será suficiente, y tu padre no pondrá objeción alguna. Todo ha terminado ya para nosotros, afortunadamente. Mi querida Maggie, vencimos la amenaza, porque el profesor envió a tiempo su telegrama. A ninguno se nos ocurrió que, esté donde esté el Mal, habrá siempre una fuerza benéfica que se le enfrente y destruya. Todo depende del lugar donde ello suceda. Y eso era algo que a nosotros no se nos ocurrió…

—Pobre *sir* Josuah, pobre matrimonio Carter, pobres víctimas

todas de Drácula…

—Ya no eran ellos cuando perecieron. Se habían convertido en máquinas al servicio de un poder nefasto, Maggie… Cuando menos, ahora ganaron su paz eterna, que era todo lo que les podía ser administrado ya…

—¿Y… los objetos de plata?

—El ataúd y la máscara han sido fundidos y arrojadas las piezas al fondo del mar. Ya no habrá más Vampiros Plateados en la India ni en parte alguna, Maggie.

—Oh, Shelby, te amo… Ahora más que nunca…

La rodeó con sus brazos. Sonrió, besándola.

—Y yo, Maggie. Más que nunca. —Susurró.

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.